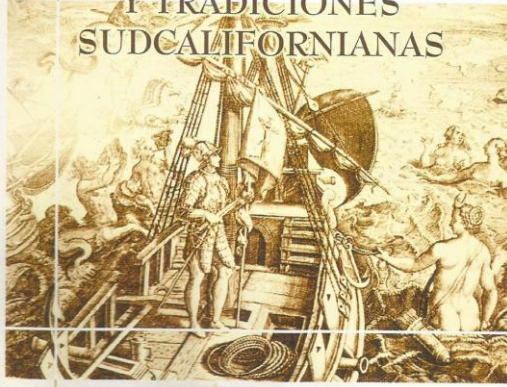


LEONARDO REYES SILVA

MITOS, LEYENDAS
Y TRADICIONES
SUDCALIFORNIANAS



COLEGIO DE BACHILLERES DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR
20 ANIVERSARIO

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

PRÓLOGO

MITOS

El origen de la palabra “California”

La isla California

El estrecho de Anián

Las islas Rica de Oro y Rica de Plata

Niparajá

Las siete ciudades de Cíbola y Quivira

LEYENDAS

El Mechudo

La perla de la Virgen

El Coromuel

El tesoro de Pichilingue

La Casa Colorada

La playa del tesoro

El cerro de la Calavera

Las ciruelas del Mogote

La Piedra Larga

El lago sagrado de los Guaycuras

La Pitahaya

El tesoro del Cerro Atravesado

La ley del pirata

El tesoro de San Bruno

El vestido de novia

La ahorcadita

La animita del camino real

TRADICIONES

Minachi

Las velas de doña Margarita

Caguama en greña

Las pitahayas de California

La cuera del rancharo

Las fiestas de los pueblos

El habla popular

Un jinete singular

Al león le salió cola

La revancha del mar

La ciudad de los molinos

El Cabo Fierro

PRÓLOGO

Desde tiempos inmemoriales los mitos, las leyendas y las tradiciones han formado parte del bagaje cultural de los pueblos. Egipto. Grecia, Italia, India, China, países que ha sido cuna de antiguas civilizaciones, son poseedoras de una riqueza histórica en la que la realidad y la ficción se hermanan para darnos una visión extraordinaria de sus costumbres, de las formas de vida que hicieron posible su presencia en el tiempo, a través de narraciones y de hechos los cuales, muchas veces, estaban impregnados de fantasía y de imaginación popular.

Todos los pueblos primitivos se expresaron por medio de mitos cuyo significado es relato, comunicación. Noticia, mensaje. Nomás que el mito es una parte de la realidad modificada por la imaginación e invención, accidental o intencional, con el fin de explicar algún acontecimiento o justificar un deseo. El mito era la divulgación, la proyección popular de lo que podría ser entendido por todos si no se dijera de ese modo. Con el paso del tiempo el mito se volvería poesía épica para derivar después en leyendas.

La maestra Guadalupe Appendini en su libro “Leyendas de provincia”, dice que las leyendas son la expresión, la manifestación transmitida por el habla de hechos históricos recopilados a través de los años y difundidos como cuentos maravillosos, con visos de verdad y fantasía...Las leyendas están presentes en todos los países del mundo, conservadas por medio de una literatura fácil de comprender, y presentada de manera jocosa, ágil y divertida...”

Por su parte, las tradiciones se definen como el conjunto de costumbres, ritos y usanzas que se transmiten de padres a hijos. La tradición en un pueblo es aquello que lo identifica y lo diferencia de los demás, algo propio y profundo. El contenido de una tradición es cultural, considerada ésta como todo lo valioso que el hombre añade a la naturaleza. Trata, desde el punto de vista de la razón, de dar una explicación de la realidad y de un conjunto de pautas de comportamiento. Una tradición es un sistema de soluciones a

las interrogaciones que el mundo plantea a los individuos y a los grupos.

Los mitos, las leyendas y las tradiciones, comunes en todos los lugares del mundo, son también propios de México y en particular de Baja California Sur. Desde mucho antes que fuera descubierta la península californica, su nombre ya rodaba envuelto en penumbras de leyenda y en humos de fantasía. El historiador Pablo Herrera Carrillo, dijo lo siguiente: “Desde las nebulosidades de su prehistoria, Baja California, la tentadora, no ha dejado un solo instante, a través de los siglos, de embrujar a los hombres con su inexplicable y fuerte hechizo...”

Y en ese transcurrir de los años, los mitos y las leyendas se fueron forjando alrededor de su origen, y de las aventuras de los marinos y soldados, que con fines de exploración y conquista, arribaron a esta tierra a partir de su descubrimiento en 1533. Después, cuando llegaron los misioneros a realizar su labor cristiana entre los indios, se comenzaron a forjar las tradiciones que han sido el sustento de la identidad sudcaliforniana.

En la presente recopilación se han incluido mitos y leyendas procedentes de diversas fuentes y que anteriormente se encontraban dispersas. Tal es el caso de las leyendas escritas por Adrián Valadez a principios del siglo XIX, entre ellas “El Mechudo” y “La Perla de la Virgen”. O las que se atribuyen a Rogelio Olachea como “La Playa del Tesoro” y “Las ciruelas del Mogote”.

Otros trabajos de autores sudcalifornianos aparecen en este libro que debemos mencionar. Carlos Domínguez Tapia (El Cerro de la Calavera, El Cabo Fierro, la Ciudad de los Molinos); Manuel Torre Iglesias (La Revancha del Mar); Manuelita Lizárraga (El vestido de novia); Fernando Vega Villasante (Niparajá). Se incluyen también una leyenda de Todos Santos (La Ahorcadita) y tradiciones de ese pueblo.

Estamos conscientes de la brevedad de esta recopilación. Lo justifica la necesidad que tienen los estudiantes de tener a la mano una fuente de consulta relacionada con el pasado y el presente de Baja California Sur

a través de sus mitos, leyendas y tradiciones. Si de alguna manera esta obra cumple su objetivo, sentiremos que hemos colaborado en la divulgación histórica de esta región de nuestra Patria.

Leonardo Reyes Silva

EL ORIGEN DE LA PALABRA CALIFORNIA

En el año de 1533 dos barcos, el Concepción y el San Lázaro zarparon del puerto de Santiago en busca de nuevas tierras para ofrecerlas al rey de España Carlos V. En el trayecto, el piloto del primer buque Fortún Jiménez Bertandoña encabezó un motín en el que resultó muerto el capitán Diego Becerra. Para evitar el castigo, Fortún y los amotinados continuaron mar adentro y llegaron por primera vez a las costas de la península bajacaliforniana.

Al recorrer la zona costera cercana de la que hoy es la bahía de La Paz encontraron algunos criaderos de perlas y obtuvieron algunas de los indígenas que vivían en esos lugares. Pero en un enfrentamiento con los nativos varios de los expedicionarios perdieron la vida, entre ellos el propio Jiménez. Los sobrevivientes se hicieron a la vela y llegaron a la contracosta donde dieron fe de la tierra descubierta y de las supuestas riquezas que había en ellas.

Cuando Hernán Cortés supo la noticia, de inmediato preparó tres barcos y personalmente encabezó una nueva expedición hacia esas tierras. El 3 de mayo de 1535 llegó al lugar que bautizó como “puerto y bahía de Santa Cruz”, en donde celebró la ceremonia formal de toma de posesión. Esta colonia fundada por Cortés no pudo sostenerse sobre todo por la falta de víveres, la ausencia de agua potable y la hostilidad de los nativos que no olvidaban lo sucedido con Fortún Jiménez.

Algunos años después la tierra descubierta recibió diversos nombres: El navegante Sebastián Vizcaíno la denominó Nueva Andalucía; Pedro Porter Cassanate la llamó Nuevo Reino de Aragón; el almirante Isidro de Atondo y Antillón la designó como Nuestra Señora de la Trinidad y los padres Kino y Salvatierra la dieron a conocer como Islas Carolinas. Pero el nombre que al fin permaneció fue el de California.

Fue unos años después de 1535 cuando se le empezó a llamar así, sin precisar la fecha ni quien fue el primero en llamarla

con ese topónimo. Sin embargo, ya en el año de 1540, los informes relacionados con las exploraciones de Francisco de Ulloa por las costas de la península, se refieren a ella como California.

Durante todo el período de las exploraciones marítimas y durante los años de la presencia de los misioneros jesuitas, franciscanos y dominicos, no se pudo explicar bien el significado de la palabra California. A Hernán Cortés se le atribuye la idea de que su etimología proviene de los vocablos “cálida fórnax” (horno caliente) a causa del clima extremo de la región.

Por mucho tiempo su significado fue un problema para historiadores y cronistas. Se buscó su origen uniendo palabras o buscando referencias en los accidentes geográficos de la bahía de Santa Cruz y sitios cercanos. Pero no, tales explicaciones etimológicas convencían a algunos y disgustaban a otros. Al final, en el año de 1862, el investigador norteamericano Edward Everett Hale encontró su procedencia, destruyendo así todos los mitos vertidos sobre la palabra California.

Su origen se remonta al siglo XV, cuando en el año de 1510 aparece el libro de caballerías “Las sergas de Esplandián” de Garci Ordóñez de Montalbo, en el que menciona a California como “una isla muy llegada al paraíso terrenal, la cual fue poblada de mujeres negras, sin que algún varón entre ellas hubiese, que casi como las amazonas era su forma de vivir...”

Las Sergas de Esplandián, continuación de otro libro anterior titulado “Amadis de Gaula”, relatan el sitio de Constantinopla, ciudad que tratan de conquistar los ejércitos turcos luchando en contra de las fuerzas cristianas. En uno de los combates los musulmanes reciben la ayuda de la reina Calafia de la isla California y de sus amazonas, valientes guerreras montadas en enormes aves llamadas “grifos”. Ya a punto de rendirse la ciudad, Calafia reta al paladín de la cristiandad, Esplandián, hijo del poderoso rey Amadis de Gaula, pero se enamora de él con un amor imposible y para no separarse de su lado, contrae matrimonio con Talanque, hijo del rey de Sobradisa y compañero inseparable de Esplandián.

Se cree que el término California lo tomó Ordóñez de Montalvo de la epopeya francesa La Canción de Rolando escrita en el siglo XI. En esta epopeya se narra la muerte de Roldán, sobrino del rey Carlomagno que lo hace exclamar: “ ¡ Ha muerto mi sobrino, aquél que tantas tierras me hizo conquista! Contra mí se rebelarán los sajones, los húngaros y los búlgaros y otros tantos pueblos malditos, y los de Apulla y todos los de Palerma, los de Africa y los de Califerna”.

LA ISLA CALIFORNIA

Muchos años atrás, antes de ubicarse California en la historia y en la geografía del mundo, su nombre ya rodaba envuelto en penumbras de leyenda y en humo de fantasía. Un historiador mexicano escribió lo siguiente: “ Desde las nebulosidades de su prehistoria, Baja California, la tentadora, no ha dejado un solo instante, a través de los siglos, de embrujar a los hombres con su inexplicable y fuerte hechizo...”

En 1510, en el libro “Las Sergas de Esplandián” escrito por Garci Ordóñez de Montalbo, aparece por primera vez la “isla California” que estaba habitada por mujeres y con una reina llamada Calafia. En la isla, además, había abundancia de oro que lo utilizaban para forjar sus armas. Un fragmento del capítulo CLVII del libro dice:

*“Quiero agora que sepais una cosa la mas extraña que nunca por escriptura ni por memoria de la gente en ningún caso hallar se pudo, por donde el día siguiente fue la ciudad en punto de ser perdida, y cómo de allí donde le vino el peligro, le vino la salud. Sabed que a la diestra mano de las Indias hubo una isla llamada **California**, muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal, la cual fue poblada de mujeres negras, sin que algún varón entre ellas hubiese, que casi como las amazonas era su estilo de vivir. Estas eran de valientes cuerpos y esforzados y ardientes corazones y de grandes fuerzas; la ínsula en sí la mas fuerte de riscos y bravas peñas que en el mundo se hallaba; las sus armas eran todas de oro, y también las guarniciones de las bestias fieras en que, después de haberlas amansado, cabalgaban; que en toda la isla no había otro metal alguno...”*

Los romances y los libros de caballerías de esa época formaron parte de la forma de ser del pueblo español y lo impulsó para grandes hazañas y acciones heroicas. Pero también fueron un acicate para su imaginación y anhelos de aventura. En los libros encontraron las fantasías que esperaban hacer realidad: Nuevas tierras que descubrir, ínsulas maravillosas llenas de riqueza, ciudades fantásticas, los gigantes, los grifos, las serpientes aladas, las atrevidas amazonas.

Por eso, desde que Cristóbal Colón llegó a América en 1492, se comenzó a hablar de la existencia de una isla poblada únicamente de mujeres, idea que compartían todos los marinos y soldados que lo acompañaron en sus cuatro viajes. Después, cuando Hernán Cortés se apoderó de Tenochtitlan, en 1521, y se incrementaron las exploraciones por la nueva tierra conquistada, la idea de una isla llena de riqueza y de mujeres estuvo latente en la mente de los aventureros españoles.

Cortés tuvo noticias de la existencia de esa isla, por boca de uno de sus capitanes quien le refirió “que los señores de la provincia de Giguatán, que se afirman mucho haber una isla toda poblada de mujeres, sin varón ninguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres, con los cuales han acceso, y las que quedan preñadas, si paren mujeres las guardan, y si hombres los echan de su compañía; y que esta isla está diez jornadas de esta provincia, y que muchos de ellos han ido allá y la han visto...”

Con estos informes, Cortés preparó varias expediciones y una de ellas, por azar, llegó a las costas de esa tierra anhelada. Para muchos marinos y soldados esa fue California, aquella a la cual se refería las Sergas de Esplandián, con sus amazonas, su reina Calafia y sus riquezas. Y por muchos años, esa tierra descubierta fue considerada como isla.

Fue hasta el siglo XVIII, después de varias exploraciones al norte de esta región, cuando se supo con certeza que ésta no era isla sino península, acabando así con ese mito iniciado en el siglo XV con la publicación del libro de caballerías de Ordóñez de Montalvo.

LA ISLA CALIFORNIA

Mucho años atrás, antes de ubicarse California en la historia y en la geografía del mundo, su nombre ya rodaba envuelto en penumbras de leyenda y en humo de fantasía. Un historiador mexicano escribió lo siguiente: “ Desde las nebulosidades de su prehistoria, Baja California, la tentadora, no ha dejado un solo instante, a través de los siglos, de embrujar a los hombres con su inexplicable y fuerte hechizo...”

En 1510, en el libro “Las Sergas de Esplandián” escrito por Garcí Ordóñez de Montalbo, aparece por primera vez la “isla California” que estaba habitada por mujeres y con una reina llamada Calafia. En la isla, además, había abundancia de oro que lo utilizaban para forjar sus armas. Un fragmento del capítulo CLVII del libro dice:

*“Quiero agora que sepais una cosa la mas extraña que nunca por escriptura ni por memoria de la gente en ningún caso hallar se pudo, por donde el día siguiente fue la ciudad en punto de ser perdida, y cómo de allí donde le vino el peligro, le vino la salud. Sabed que a la diestra mano de las Indias hubo una isla llamada **California**, muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal, la cual fue poblada de mujeres negras, sin que algún varón entre ellas hubiese, que casi como las amazonas era su estilo de vivir. Estas eran de valientes cuerpos y esforzados y ardientes corazones y de grandes fuerzas; la ínsula en sí la mas fuerte de riscos y bravas peñas que en el mundo se hallaba; las sus armas eran todas de oro, y también las guarniciones de las bestias fieras en que, después de haberlas amansado, cabalgaban; que en toda la isla no había otro metal alguno...”*

Los romances y los libros de caballerías de esa época formaron parte de la forma de ser del pueblo español y lo impulsó

para grandes hazañas y acciones heroicas. Pero también fueron un acicate para su imaginación y anhelos de aventura. En los libros encontraron las fantasías que esperaban hacer realidad: Nuevas tierras que descubrir, ínsulas maravillosas llenas de riqueza, ciudades fantásticas, los gigantes, los grifos, las serpientes aladas, las atrevidas amazonas.

Por eso, desde que Cristóbal Colón llegó a América en 1492, se comenzó a hablar de la existencia de una isla poblada únicamente de mujeres, idea que compartían todos los marinos y soldados que lo acompañaron en sus cuatro viajes. Después, cuando Hernán Cortés se apoderó de Tenochtitlan, en 1521, y se incrementaron las exploraciones por la nueva tierra conquistada, la idea de una isla llena de riqueza y de mujeres estuvo latente en la mente de los aventureros españoles.

Cortés tuvo noticias de la existencia de esa isla, por boca de uno de sus capitanes quien le refirió “que los señores de la provincia de Giguatán, que se afirman mucho haber una isla toda poblada de mujeres, sin varón ninguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres, con los cuales han acceso, y las que quedan preñadas, si paren mujeres las guardan, y si hombres los echan de su compañía; y que esta isla está diez jornadas de esta provincia, y que muchos de ellos han ido allá y la han visto...”

Con estos informes, Cortés preparó varias expediciones y una de ellas, por azar, llegó a las costas de esa tierra anhelada. Para muchos marinos y soldados esa fue California, aquella a la cual se refería las Sergas de Esplandián, con sus amazonas, su reina Calafia y sus riquezas. Y por muchos años, esa tierra descubierta fue considerada como isla.

Fue hasta el siglo XVIII, después de varias exploraciones al norte de esta región, cuando se supo con certeza que ésta no era isla sino península, acabando así con ese mito iniciado en el siglo XV con la publicación del libro de caballerías de Ordóñez de Montalvo.

EL ESTRECHO DE ANIÁN

Desde los tiempos de la antigua Grecia se creía que la Tierra era una esfera dividida en cuatro hemisferios rodeados por agua y por lo tanto existía un paso por la parte norte que comunicaba Europa con Asia. Esta idea persistió durante muchos años y geógrafos y cartógrafos lo incluyeron en sus globos terrestres y mapamundis.

En la época de los descubrimientos iniciado por Fernando de Magallanes, García Jofre de Loaiza, Juan Sebastián Elcano, Alvaro Saavedra Cerón y otros navegantes, siempre estuvo presente encontrar ese mar abierto que comunicaba el Océano Atlántico con el Océano Pacífico. Los cartógrafos europeos denominaron el paso como “fretum arcticum” localizado entre el continente de Norteamérica y el Polo Artico.

El paso del norte conocido también como el Estrecho de Anián fue motivo de intensa búsqueda por parte de los tripulantes de los barcos españoles, estimulados por el interés de la monarquía hispana la cual deseaba encontrarlo para reducir el tiempo de los galeones de Filipinas, de España al continente asiático. Pero, además, porque descubriéndolo evitarían que otras naciones se apoderaran de él constituyendo una amenaza para el poderío español.

El vocablo Anián procede de Aniu que aparece en los viajes de Marco Polo a China en los finales del siglo XIII. En el año de 1559 Giácomo Gastaldi usó por primera vez el término *Ania* en un documento. Su primera ubicación geográfica apareció en 1566 en un mapa de Zaltieri haciéndolo aparecer como *Streto de Anian*.

Dos relatos fantasiosos, uno de Juan de Fuca y el otro de Lorenzo Ferrer Maldonado hicieron creer que el paso de Anián era una realidad, ya que ellos declararon haberlo descubierto y recorrido. La historia es la siguiente:

En 1557, Juan de Fuca – su nombre era Apóstolos Valerianos – relató que el Virrey de Nueva España lo había seleccionado para que

condujera una expedición integrada por tres barcos y cien hombres, que tendría por objeto descubrir el Estrecho de Anián. Dijo Fuca que esta primera tentativa había fracasado a causa de un motín, pero que en 1592 había sido enviado de nuevo en un barco y una lancha con las cuales llegó a un punto de la costa de California, encontró el paso y navegó por él durante veinte días, pasando por una región rica en oro y perlas, hasta llegar finalmente al Océano Atlántico.

En 1609, se revivió la fantasía geográfica del Estrecho de Anián. Un personaje llamado Lorenzo Ferrer Maldonado, presentó al rey un extenso memorial en el que describía el Estrecho y proponía los medios para su ocupación . Aseguraba que había llegado al Océano Pacífico navegando por ese paso, y que en esa región la temperatura era templada y algunas veces caliente. Que había muchos árboles que daban frutas todo el año y abundantes venados, conejos, puercos salvajes, peces y ballenas. Afirmó que el Estrecho estaba siendo usado por otras naciones, por lo que era urgente que España lo controlara para su beneficio, iniciando el comercio directo con China, Filipinas, Quivira y California.

Aunque el relato de Ferrer no se tomó en cuenta, sirvió para despertar el interés por las exploraciones del Pacífico, orientadas entre otras cosas al descubrimiento de las islas Rica de Oro y Rica de Plata, otro de los mitos de esa época.

Ya en el año de 1629, Fray Antonio de la Ascensión, quien había acompañado a Sebastián Vizcaíno en sus viajes de exploración por las costas de la península californiana, escribió al rey refiriéndose al Estrecho de Anián: *“Por esta parte tiene este reino por la parte norte el reino de Anián, y por la de Levante la tierra que se continúa con el reino de Quivira; y por entre estos dos reinos pasa el estrecho de Anián...”*

Poco a poco y conforme las exploraciones se ampliaban a todo lo largo de las costas y se estableció la comunicación con Asia por medio del galeón de Filipinas, la inquietud por el Estrecho de Anián fue desapareciendo hasta quedar como un mito más de la antigua California.

LAS ISLAS RICA EN ORO Y RICA EN PLATA

Andrés de Aguirre, fraile agustino, quien en el año de 1564 acompañó a Miguel López de Legazpi a Filipinas, es el autor del mito de la existencia de unas islas cercanas a Japón que fueron conocidas como isla Rica en Oro e isla Rica de Plata o del Armenio.

El 20 de noviembre de 1564, una armada al mando de Miguel López de Legazpi salió del puerto de Juan Gallegos conocido después como Natividad hacia el inmenso Pacífico, con la orden del virrey de Nueva España para hacer el intento de conquistar las islas de las Especies y encontrar una ruta de regreso.

Acompañaron a Legazpi nombrado general de la armada, varios capitanes y cinco padres agustinos, entre ellos fray Andrés de Urdaneta en calidad de cosmógrafo. En el mes de enero de 1565, los expedicionarios llegaron a las islas que llamaron Filipinas en honor al rey Felipe II y fundaron la ciudad de Manila, el primer asentamiento español en Asia que abrió el comercio entre España con China y Japón.

En el mes de junio del mismo año, Miguel López de Legazpi ordenó el viaje de regreso a la Nueva España de la nave capitana "San Pedro" al mando de fray Andrés de Urdaneta. La ruta que siguieron fue navegar hasta llegar a la altura del Japón para tomar la corriente del Kuro Shivo rumbo a las costas de la alta California, descendieron por la Baja California hasta llegar después de seis meses hasta el puerto de Acapulco.

Con el establecimiento de la ruta a Filipinas se inició el comercio formal a través de los galeones que condujeron todas las riquezas del lejano oriente a España durante el largo periodo de 250 años. En todos esos años no menos de mil galeones surcaron las aguas del Océano Pacífico.

En el tornaviaje acompañó a fray Andrés de Urdaneta otro sacerdote llamado Andrés Aguirre quien, además de solidarizarse con la idea del Estrecho de Anián expuesta por

Urdaneta, fue el creador del mito de las islas del Armenio. Según un informe suyo dirigido al virrey de la Nueva España, tuvo conocimiento de la existencia de islas muy ricas localizadas a la altura de Japón que fueron descubiertas por una nao portuguesa. Debido a un temporal muy fuerte se extraviaron y al noveno día, en la madrugada, los tripulantes descubrieron dos islas grandes, una de ellas con una gran ciudad y en el puerto muchos navíos grandes y pequeños. Fueron recibidos por el señor de la isla quien les permitió vender sus mercancías a cambio de plata y oro.

Cerca estaba la otra isla por lo que la visitaron y también los recibieron de buenas maneras. Los pobladores eran *“gente blanca y bien dispuesta y bien tratada y vestidas de seda y ropa fina de algodón, gente amorosa y afable, la lengua diferente de los chinos y japoneses. Son aquellas islas abundantes de buenos mantenimientos, arroz que es el pan que usan, aves como las nuestras en gran abundancia, patos mansos, y muchos puercos, cabras, rufanos, y mucha caza de venados y jabalíes, gran abundancia de aves y muchos pescados, gran abundancia de frutas...”* Cuando los navegantes portugueses regresaron al puerto de Málaga, pusieron a estas islas *“Islas del Armenio, Rica de Oro y Rica de Plata.*

Desde luego, cuando se supo del informe de fray Andrés Aguirre, muchos exploradores trataron de encontrar las islas, pero a pesar de reiterados intentos nunca las encontraron. Era lo natural, pues era otro de tantos mitos que se crearon al calor de los descubrimientos y las ambiciones de riquezas. Otro mito más como la Isla California y el Estrecho de Anián.

NIPARAJÁ

Con una explosión inmaterial, Niparajá cruzó la barrera que lo separaba del mundo físico, miles de metros sobre el nivel del mar. Su cuerpo se tensó al recibir el choque del helado viento. Descendió hacia mejores climas y, con la ligereza de la pluma, se posó sobre el picacho más alto de la serranía que había formado hacía poco. Desde ese lugar podía ver gran parte de su reciente creación. Conservando su forma espiritual podría verla toda completa si quería, pero no era lo mismo. Niparajá consideraba que para poder valorar su reino de una manera más amplia debía mirarlo no sólo con ojos de espíritu.

El fresco aire le azotó la cara y un rocío matutino le cubrió el desnudo cuerpo con una fina capa de agua. Desde su privilegiado mirador alcanzaba a ver los dos mares que rodeaban casi toda su creación, el desierto peninsular. De un lado el océano de olas gigantescas y heladas, del otro, el plácido mar de suaves y tibias olas. Tan cerca los dos pero tan distintos.

Con la vista siguió la pendiente de las montañas sobre las que estaba parado. Coronando el macizo montañoso estaban los bosques de los árboles gigantes de hojas delicadas. Niparajá los había puesto ahí casi como de broma. Habían sido un regalo de un dios-hermano de lejanas tierra. Él sabía que no correspondían a su estilo de hacer las cosas. No encajaban en su creación, pero quería dar a sus criaturas la oportunidad de subir hasta ese lugar y romper la monotonía de la rutina del desierto. Casi se arrepintió después de haberlos dejado ahí, pues muchos de los que subieron, en un principio, lo encontraron tan cómodo que ya no quisieron regresar a la dura vida de las candentes arenas y piedras. La sierra era una verde joya en el paisaje grisáceo del escenario desértico.

Siguiendo aún más abajo con la vista, Niparajá contempló cómo la vegetación cambiaba para dar paso a los matorrales y a otros árboles más pequeños. Aún más abajo, en la falda de la sierra, comenzaba ya la flora característica de su reino. Su amada vegetación desértica. Ahí estaban todos sus cactus preferidos y también otras plantas muy comunes como el cajalosuchi, el

lomboy, el palo de arco, el palo adán y el palo verde; ahí estaba el mezquite, el zalate y la cálida damiana.

Niparajá se sintió orgulloso ante su obra. Era realmente bella y especial. Pero algo faltaba en ella. Algo intranquilizaba al dios bueno. Había comenzado a sentir una gran hambre. Una terrible hambre. Un desesperante apetito espiritual.

--Soy inmanente en mi creación— meditó Niparajá— ella no es si yo no soy. Y ahora, después de haberla creado, yo no soy si ella no es. Pero necesito que alguien sepa esto. No me basta, no me sirve de nada que sólo yo comprenda esto. Necesito hacer de mi reino un reino consciente de mi existencia como ser inmaterial. Necesito de plegarias que me alimenten, que me refuercen. Necesito dar la vida a otro nivel evolutivo. Las plantas y los animales son buenas criaturas, las amo, pero no es suficiente. Ellas no pueden engrandecer más mi creación. Necesito de la mente abierta que va más allá del instinto: necesito del razonamiento lógico, de la evolución que dan los procesos mentales. Así mi reino no sólo perdurará sino que, más aún, mejorará día a día. Necesito en quien depositar mi semilla divina, quien la haga germinar y florecer. Necesito ser adorado, ser amado, recordado e invocado, ser percibido en mi creación. Necesito a quien consolar, a quien premiar y castigar. Necesito quien me implore o me clame, quien me llore o me maldiga, quien me cuente sus secretos, sus penas y sus glorias.

Niparajá lo sabía. Lo que hacía falta en su creación era el hombre. Una vez más, con la ligereza de una pluma, descendió la montaña y se dirigió al desierto. Al llegar a él, de inmediato seleccionó algunos frutos de sus plantas favoritas: los cactus.

--Ellos me darán la materia— pensó

Con cuidado tomó los espinosos frutos, los partió y los vació de la succulenta pulpa. La carne de los frutos fue puesta sobre la arena y ahí los divinos dedos amasaron con paciencia semillas, pulpa y tierra. La informe masa.

--A falta de agua para hacer barro, yo tomo los frutos de los cactus para dar forma al hombre que habrá de habitar mi reino— mencionó Niparajá— y después continuó: Tomo el fruto del gigante

cardón para dar al hombre la paciencia y la grandeza espiritual. Tomo los frutos de las pitahayas para otorgarle la dulzura y la bondad del alma y a la vez un corazón fuerte y firme pero amable. Tomo el fruto de la biznaga para dar a mis hijos el temple y la voluntad. Finalmente tomo el fruto de la cholla para otorgar a mis amadas criaturas la claridad de entendimiento y razonamiento. Tomo todos estos frutos y los amaso en uno solo para dar al hombre una materia. Para formar al ser más perfecto de mi creación, el depositario de mi divinidad.

El dios bueno moldeó dos figuras con la masa original. Un hombre y una mujer.

--A ustedes doy la capacidad de la vida y de la muerte. La capacidad de perpetuarse y de amarse. De perpetuarme y de amarme.

El dios dorado arrancó dos hojitas de un arbusto de damiana y las colocó en el bajo vientre de las dos figuras.

--La damiana les dará la pasión y la capacidad de un amor activo y fecundo. ¡ Vivan, hijos míos! ¡vivan y proliferen!, honrando de esta manera a su casa y a su padre: ¡ al desierto y a Niparajá!

Dos lágrimas aparecieron en los ojos del dios creador. Las doradas gotas cayeron en cada una de las estatuillas. Las figuras del hombre y la mujer abrieron los ojos, miraron hacia arriba y sonrieron.

Ya era de noche cuando primer-hombre y primera-mujer despertaron totalmente a la vida. Levantaron su mirada al oscuro espacio. Orión, la constelación de Niparajá , lucía brillante y hermosa.

Bajo el influjo de Orión, primer-hombre y primera-mujer se tocaron y besaron. Bajo la atenta mirada de su dios, primer-hombre y primera-mujer se amaron con pasión por primera vez.

Niparajá sonrió halagado al oír su nombre repetido al unísono por dos bocas en clímax. La creación había llegado a su culminación.

LAS SIETE CIUDADES DE CÍBOLA Y QUIVIRA

Cuando leemos la historia de cualquiera de los Estados del noroeste de la República siempre encontramos referencias al mito de las siete ciudades de Cíbola y Quivira, la cual tuvo gran influencia en las exploraciones que se realizaron por las regiones de Sonora, Nuevo México y Baja California.

El mito nació así: En la primavera de 1536 apareció en Sinaloa un extraño grupo formado por cuatro personas: Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo, Andrés de Dorantes y un moro llamado Estebanico. Llevaban indumentaria indígena y en sus rostros se notaban los grandes sufrimientos que pasaron en años anteriores. Y no era para menos, pues eran los únicos sobrevivientes de una fuerza de 300 hombres que había salido de España en cinco barcos, para explorar las costas del norte del Golfo de México. Estos cuatro hombres habían atravesado el continente desde la península de Florida, ocupando para ello ocho largos años.

Estos personajes se habían salvado de ser sacrificados por los indígenas debido a la fama adquirida por Cabeza de Vaca como curandero entre las tribus con que se enfrentaron en su largo recorrido. Cuando llegaron a Sinaloa hicieron fantásticos relatos acerca de ciudades esplendorosas en las que existían riquezas extraordinarias.

El virrey don Antonio de Mendoza, impresionado por estas noticias, dispuso el envío de un explorador para que recorriera las tierras del norte, y tratara de localizar las ciudades que con tanto entusiasmo ponderaban los recién llegados. Se escogió para el viaje al fraile franciscano Marcos de Niza quien se hizo acompañar del negro Estebanico para que sirviera de intérprete.

Fray Marcos llegó hasta la región de Nuevo México donde tuvo o creyó tener a la vista una de aquellas legendarias ciudades. Pero no siguió adelante porque los nativos mataron a Estebanico, y entonces decidió regresar a fin de informar al virrey que efectivamente existían las ciudades de Cíbola y Quivira.

Fray Marcos de Niza escribió al virrey:-- “ No entré a Cíbola pero la he visto desde lejos; desde la cumbre del cerro a cuyo pie se extiende es una ciudad hermosa y formidable, con sus casas de techos planos y sus muros de cal, piedra y canto. Los habitantes duermen en camas, usan arcos par la caza y la guerra, y por todas partes como material de uso corriente o como adorno, vense esmeraldas y turquesas....Usan vajillas de oro y plata, porque no tienen otro metal... el oro es de gran uso y más abundante que en el Perú...”

Además le comunicó que desde la altura del cerro había tomado posesión “en nombre de don Antonio de Mendoza, Virrey y capitán General de la Nueva España, de todas las siete ciudades y de los reinos vecinos de Totontec, Acus y Marata...”

Entusiasmado con las noticias, el virrey Mendoza dispuso una nueva expedición por tierra al mando de Francisco Vázquez de Coronado. Con gran alboroto y excitación se organizó el viaje, pero ahora con 300 españoles y 800 indios y teniendo como guía a fray Marcos de Niza. Después de varios meses llegaron a la región central de Nuevo México y tras combatir con los nativos entraron a Cíbola que resultó ser un modesto villorrio, que aunque contaba con casas de dos y tres pisos, era tan solo una congregación indígena. Pero el oro, la plata y las joyas no aparecieron por ningún lado.

La desilusión fue tremenda para los ambiciosos españoles que esperaban apoderarse de grandes riquezas. Fray Marcos de Niza, el responsable de tan lamentable aventura, fue objeto de burlas por el gran ridículo que hicieron los expedicionarios. Por su parte, Francisco Vázquez de Coronado jamás se recuperó de su fracaso.

El mito de las Siete ciudades de Cíbola y Quivira fue uno más de los espejismos que engañaron a los aventureros españoles, como lo fueron la isla de las amazonas y el Estrecho de Anián que buscaron con ahínco los conquistadores desde los primeros viajes a la California.

LEYENDAS

EL MECHUDO

La mar estaba muy gruesa y el noroeste soplabla fresco levantando una densa bruma que cubría, a manera de velo, las montañas de litoral.

Había sido preciso arriar la escandalosa y tomar la faja de rizos a la mayor, y seguíamos nuestra ruta en diagonales sucesivas formando zigzag, para coger de lado el viento huracanado que nos soplabla por la proa.

Recorrimos así largo trecho, medio sumergiéndonos en el agua por lo caído del bote, cuando el patrón gritó:

--¡Listo!

Entonces el patrón trajo al centro la botavara de manera que la vela cortara el viento.

Con esta maniobra la embarcación cesó de andar y quedó balanceándose de proa a popa, al ascender y descender sobre las olas que, como verdaderas montañas de agua, corrían en sucesión continua, con dirección contraria a la que navegábamos.

--¡Cambia!

El marinero de proa cambió prontamente la trinquetilla para que cogiera el viento por el lado opuesto en que lo traía e hiciera que el bote tomara nuevo rumbo, pero la vela comenzó a agitarse con fuerza y no logró virar.

--¡Ja, ja, ja!— prorrumpió el marinero de proa.

Como el patrón les había ido elogiando la bondad de su esquite, considerándolo el primero en la costa por su ligereza y fina construcción, herido en su amor propio le increpó furioso:

--Es la primera...si, la primera vez, entiéndalo usted, señor zopenco, que esto pasa...y sin embargo, repito, que mi bote no tiene igual. No era posible que hubiera virado con gente tan bruta para la maniobra, como lo es usted.

La cosa se ponía como que íbamos a tener allí una gresca a cachetes, lo que amagaba complicar la situación, ya de por si bastante apurada; pero por fortuna logramos que el patrón se convenciera de que no podía poner en duda la fama de su bote, y

mucho menos cuando nos hallábamnos en ocasión de que la justificara.

El mar, entretanto, seguía terrible. Sus crespas y espumosas olas hacían un ruido ensordecedor, cual si hubieran estado en un inmenso y continuo hervor. Se precipitaban las unas sobre las otras y se deshacían en aquella achubascada mole de agua, extendiendo sus espumas, como caprichosos encajes, sobre una superficie cristalina de brillante color verde oscuro que revelaba la profundidad espantosa que teníamos bajo nosotros. Enseguida se levantaban de nuevo arremolinándose furiosamente y esparciendo hacia lo alto, en sus choques, sus nevados copos.

En medio de aquella agitación, aterradora e interesante, tan pronto la proa del bote se hallaba en dirección al cielo, fúnebremente opaco, como inclinada al fondo del mar, a donde parecía que iba a sumergirse con una velocidad que causaba vértigos, pero tras la ola por donde descendía, se levantaba inmediatamente otra, como amagando caernos encima y envolvernos, chocaba contra la proa y el viento se alzaba liviano, por entre una explosión de agua y espumas, que nos cubrían mojándonos completamente.

A veces las olas eran tan grandes que, al rodearnos, quedábamos en el fondo de un profundo y amplio hueco, o como nos circundara un elevadísimo amurallado de agua. No parecía sino que el mar se esforzaba por hacer trizas nuestra pequeña embarcación, que se estremecía a cada choque, cual si sintiera temor en aquella lucha que sostenía contra el mar y contra el viento.

Los elogios del patrón acerca de la bondad de su bote eran de lo mas justo que pueda darse. Así logramos al fin hacer la travesía de la isla de Espíritu Santo a la Punta del Mechudo, en donde decidimos anclar par pasar la noche.

Es indescriptible la tranquilidad y bienestar de que goza el ánimo después de haber permanecido en constante tensión de temerosa desconfianza; pues por más que los marineros se rieran y aseguraran que aquel enfurecimiento del aire y del mar no valía la pena, yo no arrancaba de mi memoria aquellos versos de Espronceda: -¡Ay del que fía del viento y del mar!

Por la noche, recostado incómodamente en la embarcación, pero disfrutando de grata quietud a los fulgores de la luna, que producía en las sinuosidades de las montañas de la costa marcados contrastes de sombra y de luz; el rumor de los tumbos del mar que reventaban allá distantes, entre los arrecifes de la playa, nuestro compañero Edmond, práctico en la costa, nos dijo:

--Esta es la Punta del Mechudo, ¿Saben el origen de ese nombre?

--No — le contestamos.

--Pues van a saberlo.

Y enseguida nos hizo el relato tradicional que , a mi vez, te voy a contar a ti, querido lector, si es que esforzándote has podido llegar hasta aquí y te resta un poco de paciencia para continuar la lectura.

--El fondo del mar — nos dijo — tiene también sus espantos. Nada de extraño hay que ver en esto, si se tiene en cuenta que la imaginación se adueña fácilmente de cualquier lugar para sus fantásticas creaciones; pero lo que si no saben ustedes es que aquí en el fondo, debajo de nosotros, existe uno de esos terribles espantos, de gran celebridad entre la "bucería".

--Es el caso que en una de las armadas que llegaron a bucear a este sitio, donde ha existido un rico placer de perlas, allá en los remotos tiempos de la conquista, venía uno de aquellos "guamas" que eran como los sacerdotes o jefes de las tribus indígenas.

--Según la historia refiere, y ustedes lo saben, los "guamas" ofrecieron siempre tenaz resistencia, no solo para aceptar ellos la religión cuyas doctrinas y prácticas se procuraba enseñarles, sino para que las aceptaran sus tribus. Así pues, las ceremonias del culto y los mismos sacerdotes católicos eran objeto de sus constantes mofas, que evidenciaban los sordos rencores que sentían contra ellos, y que sólo se sometían hipócritamente a su dominio espiritual.

--Recordarán ustedes también que, por aquellos tiempos, según lo cuenta igualmente la historia, los armadores y buzos

cedían a beneficio de la Virgen de Loreto el producto de ciertos días de trabajo en cada temporada, por cuyo medio adquirió su santuario las riquezas que lo adornaron.

--Pues bien, cuando esos días llegaron y se comenzó a bucear para la Virgen, aquel "guama", burlándose del tributo que se le procuraba a la Santa Señora, y haciendo público alarde de su irreligiosidad, exclamó en presencia de todos:

--Si ustedes bucean para la Virgen, justo es que alguno reserve algo para el pobre diablo. Para él voy yo a bucear.

--Los buzos se santiguaron al oír tal blasfemia y con terror lo vieron sumergirse en el agua el primero.

--Al instante se agitó el mar, se escucharon ruidos extraños que procedían del fondo y cual si hubiera habido una fuerte explosión, se levantó furiosamente el agua donde se había sumergido el "guama" que no volvió a salir ni se supo de él.

--Este suceso fue, para aquellas gentes, lo más natural del mundo. No podría haberle ocurrido otra cosa a un hombre que había tenido a burla los mas sagrado de la religión.

--Al año siguiente, nuevas armadas vinieron a buscar en este mismo lugar, sin que nadie se acordara o hiciera caso, al menos, de aquel "guama" irreligioso.

--El buceo comenzó como de costumbre, más apenas se había echado al agua el primer buzo, cuando apareció ahogado. Siguieron otros y corrieron la misma suerte, a excepción de dos o tres que lograron salir, aunque para caer desmayados en el acto sobre las embarcaciones.

--Sucedió que se habían encontrado en el fondo con el indio horrible que blasfemaba furioso y se ocupaba sin descanso en recoger las conchas de las perlas; era el "guama" que buceaba para el diablo. La cabellera le había crecido tanto que lo envolvía a veces, y con ella envolvía también a todos los que descendían al fondo.

Esta circunstancia hizo que se le llamara El Mechudo al lugar donde estamos, cuyo nombre tomó desde entonces.

--Después de aquello, no hay hasta ahora un buzo de cabeza, o sea los que no utilizan los aparatos y máquinas actualmente en uso, que se atreva a descender al fondo del mar, en este mismo sitio, por temor al Mechudo.

LA PERLA DE LA VIRGEN

En uno de los últimos días de junio de 177... todas las embarcaciones que formaban las armadas de buceo esperaban ya, en franquía, frente a Loreto, que los padres misioneros abrieran la temporada de la pesca con la ceremonia religiosa que comenzaba a acostumbrarse, nacida de esa propensión del hombre de asociara todas sus empresas la idea de la protección de la divinidad.

Soplaba un vientecillo terral favorable para la salida y en tierra había inusitado movimiento. Los cohetes, esa tradicional expresión de nuestros regocijos, comenzaron a estallar profusamente por toda la playa, produciendo caprichosas y compactas humaredas, como fragmentos de una nube esparcidos en el aire; y el seco silbido del cohete al elevarse y sus inarmónicas detonaciones despertaban grande alborozo entre aquellas gentes, a la par que la campana del pueblo, en repiques al vuelo, completaban la ruidosa fiesta. Un importante papel representaban en ella los "matachines", el famoso baile indígena que solemos ver aún en estos tiempos, y que es mas bien la práctica de un extraño rito, que un simple placer coreográfico. Algunos indígenas yaquis, con penachos de plumas vistosamente adornados y la gravedad de un acto solemnísimo, danzaban en formación ordenada, guiados por su "monarca", agitando sus sonajas, y al compás de los sonidos arrancados de un arpa tosca por un músico indio, embrionarias manifestaciones del arte que reflejaban en su monotonía y tristeza el alma de aquella raza.

La tarde estaba bellísima. El paisaje californio se ostentaba, a la luz del sol poniente, con todo su singular aspecto. La sombra cubría ya en parte las hondonadas y flancos de las montañas; y fuera que aquel centro de algazara porteña, contrastando con su animación y bullicio, la aridez extendía su tesitura por una silenciosa soledad. Los campos arenosos, a trechos cubiertos con el verde ceniciento del "lomboy" y los "chollales", o llenos de aglomerados peñascos, se iban extendiendo en ondulaciones ascendentes que se plegaban y desplegaban en ásperas sinuosidades hasta unirse a las montañas

sin vegetación y peñascos también que ocultaban el fondo del paisaje, destacándose sobre los espléndidos arreboles de una tarde tropical, la cima de la Giganta y los picachos de Las Parras. Los pitahayas, aisladamente esparcidos por las laderas y en perfiles de las cimas, parecían restos ruinosos de columnas agrupadas. Inmediato a la playa, el pueblo de Loreto, capital entonces de las Californias, mostraba entre los pobres jacales sus huertas, formadas con tantas dificultades cuanto con menos afanes conservadas. El mar en calma reflejaba todos los cambiantes del cielo, y la playa estaba llena de neófitos que presenciaban la fiesta de la temporada y saludaban desde lejos a sus camaradas y parientes.

Las embarcaciones de los padres, hermosamente engalanadas, desprendieron por fin de la orilla, y en vistosa procesión marítima recorrieron la ensenada elevando en religiosos himnos sus ruegos por el buen éxito de la pesca. En seguida partieron las "armadas" entre los gritos de la muchedumbre y las bendiciones de los misioneros. Algunos de aquellos sacerdotes siguieron también en sus ligeras embarcaciones, para recoger en los "placeres" la parte de los productos que los armadores dedicaban a la virgen en los primeros días del buceo. Las "armadas" se extendieron por la zona pesquera que comprendía las islas del Carmen, Coronado, Monserrat, Danzantes y otras cercanas.

El día había amanecido espléndido y solo esperaba, para dar principio a la pesca, que se elevara el sol e iluminara el seno del mar, cuyas aguas ofrecían una apacible diafanidad. Serían las diez de la mañana cuando las pequeñas embarcaciones, tripuladas por tres o cuatro hombres, comenzaron a escoger sus sitios para bucear. En una de ellas iba un indígena pericú de musculación atlética y de locuacidad interminable; sus francas y sonoras carcajadas y el ruido de los remos se dilataban en alas de suavísima brisa sobre la tranquila superficie del mar, que parecía un manto de brillantes que esplendían en sus fulguraciones la luz del sol. Se detuvo cerca de un peñón en cuya cima, emblanquecida por el guano, estaban refugiadas una multitud de aves marinas que, al ver el esquife, prorrumpieron alarmadas en estridente gritería. Ya escogido el lugar para el buceo, puso a luz el indio sus bronceadas y varoniles formas; se ató a la cintura la redcilla en que depositaría las conchas, tomó su bastón de punta aguda para defenderse de los peces

feroces, y parándose en la borda de la embarcación, después de haberse persignado, encomendado a la virgen y besando la medalla del rosario que traía al cuello, se arrojó al agua, que se abrió con estrépito al choque del pesado cuerpo del buzo, el cual desapareció sin dejar la menor huella.

Había en aquel lugar una profundidad como de doce brazas a la que no descendían sino muy raros hombres; pero el “pericú” era diestro y vigoroso y en pocos instantes llegó hasta el fondo del mar donde se encontró un rico placer de madreperla. Mas apenas si había recogido y echado a la redcilla la primera ostra, cuando repentinamente se oscureció todo a su alrededor: era una enorme “manta” que se detuvo encima de él.

Luego que el indio se dio cuenta del inminente peligro que corría, hizo un voto mental a la virgen y se inclinó prontamente, asiéndose a un risco para evitar que el agua lo levantara y ocultarse mientras el pez seguía de largo, pero éste lo había visto ya, y se movió hacia abajo amenazadoramente. El lance era en extremo peligroso. La “manta” es uno de los animales marinos más terribles; envuelve en sus anchas aletas pectorales, oprime con grandes fuerzas y chupa la sangre.

En su primera impresión de temor, el buzo tuvo el intento de huir, pero recobrado el susto, comprendido el grave riesgo a que se expondría, por que no podía superar la natural velocidad del pez para evitar la persecución, y por que el sólo bastón que llevaba le era inútil para hacerle frente. No sabía que hacer. Por instantes su situación se hacía más angustiosa. El animal descendía con lentitud y el infeliz buzo estaba a punto de propasarse en el límite de tiempo que podía permanecer bajo el agua conteniendo la respiración. Ya le zumbaban ligeramente los oídos y comenzaba a sentir vértigos. Toda esperanza de salvación estaba perdida. Ningún auxilio podía esperar ahí en el fondo del mar donde se encontraba. La “manta” encima, en acecho e interceptándole la salida le impedía escaparse y de un momento a otro caería sobre él; empezaba a desfallecer y los compañeros que quedaron en la barquilla, al advertir la presencia de la “manta” se habían retirado en busca de ayuda y no regresaban aún.

A pesar de su esfuerzo, llegó el instante en que no pudo ya estar asido al peñasco y sintió que el agua lo subía hasta el lugar donde se hallaba la “manta” que se preparó para atacarlo. La escena iba a tener su horroroso y funesto desenlace. Poco espacio le separaba ya del monstruo, un instante más y sería atrapado. Al verlo tan cerca, instintivamente levantó en alto el bastón para detenerse apoyándolo en el mismo cuerpo del animal el cual, al sentirse pinchado, ascendió rápidamente y con grandes y violentos aleteos impulsó el agua hacia los lados, con tal fuerza que con sus propias aletas alejó al buzo haciéndolo salir a la superficie, en donde ya que pudo respirar a pulmón pleno, se recobró un poco y trató de apartarse velozmente.

Todo el percance había pasado en poco menos de un minuto. Cuando la “manta” se acercaba de nuevo al buzo fue arponeada desde la embarcación que acababa de llegar oportunamente. Al sentirse herida huyó en el acto y con el cordel del arpón que, por el otro extremo se había sujetado fuertemente a bordo, arrastró el esquife con velocidad verdaderamente asombrosa, haciéndolo arrollar con la proa la superficie del agua que borbollaba en altos jirones de espuma, dejando tras de sí una larguísima y persistente estela. Así recorrió, en todas direcciones, una extensión enorme, hasta que sucumbió finalmente.

--Mala suerte ha sido hoy la de la virgen--dijo el “pericú” después de un rato de estar a bordo y sacar de la redecilla la única ostra que había recogido.

Y a la vez que refería el peligroso trance, parte en su lengua nativa dirigiéndose a los indígenas, y parte en castellano al dirigirse al armador, separaba cuidadosamente las valvas con su cuchillo. Luego que abrió la concha y registró el seno del molusco, exhaló una exclamación de sorpresa y se quedó atónito, en una silenciosa actitud contemplativa. Se creía fascinado, al igual que todos los que lo rodeaban. Había sacado una perla de una transparencia y esplendidez maravillosas, que destellaba en el brillo de su blanco y nítido oriente todos los colores del arco iris; era del tamaño y forma de un huevo de paloma, de una pureza y perfección incomparables.

Quiso mostrarla en la palma de la mano, pero era tan grande la emoción que lo embargaba y tan tembloroso estaba, que no pudo hacerlo. Entre los confusos pensamientos que se sucedían en su cerebro, se delineaban vagamente los detalles de la ocasión crítica, su salvación incomprensible y aquel valiosísimo hallazgo, todo lo cual no podía ser sino un milagro, y elevó su corazón a la virgen, cuya intervención había sido evidente para él.

Como el tesoro encontrado pertenecía a la Reina de los Cielos, y estando el indio de entero acuerdo con los armadores, fieles a sus deberes de conciencia, la depositaron para su custodia en poder de los misioneros.

Mucho se habló, tanto de la perla de la virgen, como de las circunstancias en que fue extraída, y que la tradición ha hecho llegar hasta nosotros, tal como se acaba de narrar.

EL COROMUEL

Después de haber soportado las fatigosas y largas horas de un día sofocante de calor, en que con el cuerpo en perezosa laxitud y en indolencia de ánimo sólo se apetece el reposo en cómoda silla mecedora o el vaivén suave de la hamaca, en que con un continuo abaniqueo se agita la enrarecida atmósfera que nos rodea para disfrutar apenas de ligerísima sensación de frescura; después de uno de esos días, decimos, de riguroso verano, con turbios y brumosos horizontes, con el sol de fuego que levanta reverberaciones de calor, como si fuese el suelo la cubierta de un horno en que las plantas de doblegan marchitas y ni el más leve soplo de viento viene a mover las hojas de los árboles, cuanto es grata la deliciosa frescura de ese vientecillo terrenal que sopla por el sureste, en las noches veraniegas de nuestra metrópoli californiana.

Cuando se escuchan los primeros susurros de las hojas de los árboles que adornan y sombrean nuestras estrechas avenidas, anunciando con su alegre agitación la llegada del viento que ennegrece a lo lejos la quieta superficie del mar al rizarle con su soplo, se oye exclamar por todas partes, con acento de la más satisfactoria alegría: -¡ El coromuel, ya llega el coromuel!- Y los habitantes de esta simpática población abandonan la insoportable atmósfera de sus habitaciones, y los grupos se forman en plena calle, a la orilla de las aceras y en coros animados que ríen y charlan con el mayor contento, o van a disfrutar de ese agradable céfiro en el muelle del puerto, donde se contempla el sol en el ocaso, coloreando con variados juegos de luz esos espléndidos celajes, que embellecen este cielo tropical.

Es pues el coromuel, deliciosa brisa con que la naturaleza ha privilegiado, en nuestras costas del Pacífico, este puerto de La Paz, y que con su consoladora frescura hace tan agradables y anheladas las noches de esta estación. Debido a condiciones topográficas de la localidad relacionadas con leyes físicas que no son del caso, tiene este viento la notable particularidad, además de su regularidad vespertina, que sólo cubre una zona determinada, dentro de la que se encuentra La Paz y por el mar no pasa del canal de San Lorenzo. Al escuchar el forastero ese exótico nombre del viento investiga en

el acto su origen, y se satisface su natural curiosidad con la siguiente tradición:

II

Un día, allá a principios del siglo XIX, los diez o quince habitantes a que se reducía la población de La Paz, se hallaban reunidos frente a la casa única que entonces existía llamada la Casa del Rey. Contemplaban con gran sorpresa e inquietud un barco, que cual misterioso aparecido amaneció fondeado en el puerto, sin que se supiera por donde ni a que hora había sido su arribaje.

En el aislamiento e incomunicación en que aquella gente vivía en ese apartado suelo, la presencia del buque fue un acontecimiento impresionante por lo extraordinario.

--¿Qué buque será? ¿De dónde viene? ¿Qué vendrá a hacer?

Estas preguntas se repetían en voz baja, sin que nadie pudiera contestarlas por mas conjeturas que se formaran, apurando los esfuerzos de una imaginación exaltada por el temor de la desconfianza.

Lo único de que pudieron darse cuenta, gracias a una anciana que mal deletreaba, fue que el buque se llamaba "El Cromwell" por que así se leía en grandes caracteres por babor y estribor de su proa; nombre que por su difícil pronunciación fue transformado desde luego en el de Cromuel y, poco a poco después, en coromuel. El buque permaneció en completo aislamiento; nadie de a bordo vino a tierra, ni nadie de tierra se atrevió a ir a bordo.

Dos días después de su arribo y poco antes de obscurecer y comenzara a soplar la fresca brisa del sureste, echó al agua un bote que salió al mar. Al día siguiente a la misma hora salió a la mar otro bote; y así en lo sucesivo botes iban y botes venían aprovechando aquel vientrecillo vespertino, con tal regularidad que poco a poco las gentes que desde tierra estaban en constante acecho de cuanto en el buque pasaba, luego que comenzaba a soplar, se decían unas otras: "ya viene el viento del coromuel", y como si se tratara de la cosa mas novedosa e interesante, abandonaban sus ocupaciones y permanecían viéndolos hasta que se perdían a lo lejos de la costa, entre las obscuridades de la noche.

Aquella extraña reserva que guardaban cautelosamente a bordo, mantenía viva la curiosidad insatisfecha de los habitantes del puerto, quienes dispuestos por su sencillez e ignorancia a ver lo sobrenatural, lo pavoroso en todo lo que no podía explicarse, se

suponían y comentaban mil cosas diabólicas, algo de fantasmas y de hechicerías que pasaban en el misterioso buque, cuyo mal pronunciado nombre corría de boca en boca, despertando cierto temor supersticioso.

Al cabo de un mes de haber permanecido en el atracadero, el Coromuel, que con tal nombre lo seguían llamando, izó sus velas y se alejó del puerto sigilosamente, sin que volviera a saberse nada de él.

Pero al año siguiente, cuando las brisas del sureste comenzaron a refrescar las tardes de verano, se avisó en el horizonte, llegó otra vez a fondear en aguas de La Paz, y como en el año anterior, estuvo incomunicado con tierra y despachando sus botes al atardecer.

Al tercer año, con los primeros soplos del vientecillo de que hemos hablado, vino a los habitantes paceños el recuerdo del mismo buque.--; Ya viene el Coromuel – se dijeron. Y positivamente, a poco echaba anclas en el fondeadero.

III

Mientras los habitantes de La Paz no podían darse cuenta de lo que el Cromwell venía a hacer a estas costas, una tarde de ese último año mencionado, el capitán y el contra maestre, recargados en la borda de popa y contemplando maravillados uno de los bellísimos crepúsculos por los que se singulariza este admirable cielo californiano, tuvieron la conversación siguiente:

--Por cierto – dijo el contra maestre – esto de venir a hacer excavaciones tan aventuradamente en estas playas desiertas y gastar tiempo y dinero no es cosa de alabarse.

--Tienes razón – dijo el capitán – pero ésta será la última vez que lo hagamos.

--En fin – dijo su interlocutor – supongo que debe haber alguna indicación en donde pueda encontrarse el tesoro.

Entonces el capitán le refirió:

--“Algunos años después de la conquista de México, uno de los piratas ingleses que invadieron el Océano Pacífico y se refugiaron en las costas de esta península, capturaron cerca de Cabo San Lucas uno de los galeones de Filipinas, y entre el botín entregado a dos de los piratas encontraron un documento en que se revelaba la existencia de un tesoro oculto en cierto lugar de la

“Ensenada de Muertos”. Pero solos y sin recursos no pudieron quedarse a buscarlo, mas en una región desconocida y habitada por tribus salvajes. En un principio pensaron comunicar su hallazgo a algunos compañeros, pero comprendiendo que nada lograrían con eso, resolvieron volver cuando tuvieran los medios necesarios. Pero de inmediato surgió la dificultad de quien de los dos conservaría el documento. Por muchos años los había unido una amistad íntima que como hermanos se trataban, pero como fiero que agosta el corazón de todo sentimiento noble y generoso, se desconfiaron mutuamente, y pretextando que podía morir alguno de ellos o verse obligados a separarse, pensaron asegurar cada uno lo que le correspondiera”

“Después de meditar largamente como zanjarían aquella dificultad, convinieron en dividir el documento en dos partes. De tal manera pensaron para sí, uno sin el otro no podrá venir en busca del tesoro.”

“Ya en Inglaterra se separaron con el propósito de procurar cada uno los medios para volver a la Nueva Albión, como por algunos años se llamó a esta península, y apoderarse del tesoro. Pero a pesar de sus esfuerzos no lo lograron y se resignaron a vivir en la mayor de las pobrezas. Uno de ellos murió al poco tiempo y la parte del documento que le pertenecía se fue transmitiendo a sus sucesores hasta llegar a poder de mi esposa. Inútiles han sido mis pesquisas para encontrar la otra parte; sin embargo resolví al fin venir a buscarlo, pero creo que no será posible por los datos incompletos que poseo. Así es que nos iremos para no volver más”.

IV

Pasados algunos días de esa conversación, algo extraordinario que pasaba en el barco en altas horas de la noche despertó a los pobladores de La Paz. Se alcanzaba a escuchar un exaltado vocerío, gritos aislados, estruendos de cadenas, luces que se movían rápidamente en todas direcciones, lo que hizo creer que el buque se preparaba para zarpar, pero no era eso, sino que parte de la tripulación se había amotinado dirigiéndose a la cámara del capitán para asesinarlo; pero este bravo marino, fuerte como un ballenato, repelió la inesperada agresión. Cuando estaban a punto de derribar la puerta del camarote, otro grupo de leales se enfrentó a los revoltosos dominándolos, entre ellos al cabecilla.

Al día siguiente, ya restablecido el orden, entre las cosas que se recogieron pertenecientes al promotor del motín, el capitán encontró con grandísima sorpresa, el otro pedazo del documento que hacía falta para dar con el tesoro.

Enseguida el buque se hizo a la mar, y pocos días después pescadores de la zona encontraron en la “Ensenada de Muertos” grandes excavaciones y dentro de ellas restos de baúles y cinchos de fierro enmohecidos.

El Cromwel ya no volvió a aparecer en estos mares, pero su alterado nombre había pasado a ser el de la brisa vespertina, cuya deliciosa frescura hace tan agradables las noches de esta ciudad de La Paz.

EL TESORO DE PICHILINGUE

Cuando en el siglo XV se iniciaron los viajes de los galeones de Manila recorriendo la ruta de Filipinas a Acapulco, aprovechando la corriente del Kuro Sivo que pasa frente a la península de California, muchos barcos piratas acechaban su paso con el fin de apoderarse de las riquezas que traían. Uno de esos galeones, el Santa Ana, fue apresado por el corsario Thomas Cavendish frente a las costas de San José del Cabo y después de apoderarse del botín lo incendiaron.

En 1615, otro pirata de origen holandés, Boris Von Spilbergen, salió del puerto de Vlissingen rumbo al continente americano en busca de los galeones a los que por cierto nunca encontró. En su recorrido llegó a las costas de la Baja California y se cree que sus barcos se refugiaron en la bahía de La Paz. Andando el tiempo esos piratas fueron conocidos como “Los Pichilingues”. La leyenda dice:

“Corría el siglo XVI cuando fue inaugurada, en el año de 1565, la ruta marítima Manila-Acapulco, cuyo primer recorrido estuvo a cargo del fraile Andrés de Urdaneta. Desde esa fecha mil galeones siguieron el mismo camino durante 250 años, trayendo de Asia telas de seda, artículos de jade y marfil, muebles tallados, perlas y joyas valiosas. De la Nueva España se llevaban cacao, cobre, plata y otros productos.

El establecimiento de este comercio entre los dos continentes despertó la codicia de otras potencias como Inglaterra, que permitió a piratas de su país asaltaran a los galeones en sus travesías. Uno de estos corsarios fue Francis Drake, quien en el año de 1578 recorrió todo el litoral del Océano Pacífico atacando y saqueando puertos, apoderándose de buques españoles. El botín así adquirido fue muy valioso, sobre todo por el oro y la plata que contenía.

Uno de los barcos que asaltó fue la Nao “Santa Fe” a la altura de Cabo Corrientes, que llevaba en su interior un riquísimo cargamento de monedas de oro, perlas y joyas. Perseguido de cerca por dos embarcaciones españolas, se dirigió al norte rumbo a la península de California. Penetro en la bahía de La Paz y fondeó frente a la isla de San Juan Nepomuceno que enmarca la bahía de pichilingue. Ahí,

ante la amenaza de sus perseguidores, Drake decidió esconder el tesoro amparado por las sombras de la noche. Acompañado de tres hombres de su entera confianza bajó a tierra y en uno de los declives de la isla sepultó los cofres del tesoro, no sin antes tomar las debidas referencias geográficas para su posterior recuperación.

En ese lugar permaneció cinco días esperando que pasara el peligro, al cabo de los cuales el barco desplegó sus velas y enfiló al sur, con el fin de pasar por el Estrecho de Magallanes y retornar a su patria, llevando en sus bodegas parte de las riquezas obtenidas en sus correrías por los mares y costas del continente americano.

Lo que fue un secreto quedó al descubierto, por que unos indios pericúes, que habían llegado unos días antes a las costas de la bahía provenientes de la isla de Espíritu Santo donde tenían su residencia, observaron de cerca los movimientos de los piratas, aunque sin saber con certeza lo que ocultaron. Así, de boca en boca, fue transmitiéndose la noticia hasta llegar a oídos de los colonizadores españoles, quienes de apresuraron a buscar el botín.

Han pasado más de 400 años y el tesoro no ha sido encontrado. Existe la creencia de que Drake simuló enterrarlo, pero lo que hizo en realidad fue arrojar los cofres al mar sujetos a una pesada ancla a fin de evitar que las corrientes marinas lo arrastraran. Prueba de ello es que en una ocasión dos pescadores que recorrían las aguas de la ensenada de Pichilingue, vieron brillar “algo” en la superficie, y al acercarse encontraron una plancha de fierro parecida a un cincho que trataron de halar sin lograrlo, porque estaba sujeto en el fondo.

Como esto sucedió al atardecer, decidieron permanecer en el lugar, acondicionando un lugar para pasar la noche. En la madrugada se levantaron y al dirigir la vista al sitio donde apareció el objeto metálico, éste había desaparecido y en su lugar rizaban las tranquilas aguas.

Desde entonces han sido muchos los que han recorrido la bahía y los litorales de la isla en busca del tesoro. Con ayuda de aparatos detectores de metales de avanzada tecnología, equipos modernos de buceo y hasta con redes de arrastre llamados “changos”, esperan un día encontrar los cofres que seguramente están ahí, pero que

permanecerán por siempre a fin de que continúe vigente la leyenda del Tesoro de Pichilingue.

LA CASA COLORADA

Los gambusinos son unos soñadores de remate. Las esperanzas de encontrar un tesoro en las entrañas de la tierra alimenta los constantes sueños de su fantasía, y aunque pobres viven y mueren, jamás bastan a decepcionarlos los mayores contratiempos de la suerte.

Hace algún tiempo viajaba yo por la municipalidad de San Antonio, guiado por uno de esos mineros francos por demás que, sin ambages ni miramientos, hacen uso de las palabras más ásperas del idioma para dar expresión a su lenguaje.

Al principio aquella irrespetuosidad me chocaba al extremo, pero como no hay cosa a que uno no se acostumbre, a poco de caminar juntos departíamos como los mejores amigos; yo había comprendido que aquel hombre tenía un excelente corazón, y no hice caso de la dureza de sus frases que, aunque demasiado en bruto, rebosaban de bondad.

El sol derramaba a plomo sobre nosotros sus rayos de fuego y el suelo arenoso y árido nos volvía aquel exceso de calor en reverberaciones que hasta cegaban y sin que, como acontece en muchos lugares de esta Baja California, encontráramos la más pequeña sombra de un árbol donde pudiéramos podido refugiarnos. El agua tibia que conservábamos en nuestras ánforas no calmaba la sed desesperante que nos mortificaba; sin embargo mi guía, acostumbrado a los rigores de ese clima, parecía que se le calmaba el calor haciendo sonar con fuerza su respiración entre sus labios recogidos a manera de silbato; y con frecuencia se quitaba el sudor que le inundaba la frente recogéndola a un lado con el índice de la mano derecha, que limpiaba enseguida a sacudidas.

Procuraba también distraerse de aquella temperatura sofocante, refiriéndome con cierto ingenio, las peripecias que había tenido en las minas donde había trabajado, y sobre todo, hablándome de la convicción que abrigaba de encontrar la rica mina de sus esperanzas, de la cual anticipadamente me hacía partícipe, sin más que por haber sido compañero de viaje, generosidades de ensueño

que desaparecen del corazón cuando se llega a alcanzar la realidad. De las muchas cosas que me refirió, recuerdo el siguiente episodio tradicional de la época en que don Manuel de Ocio explotó las primeras minas de la Baja California.

II

Micaela era una joven mestiza, nativa de Guadalajara. Tenía unos diecisiete años y aquella hermosura, aquella sal que hacían de la china tapatía el simpático tipo del donaire. A través de los calados primorosos, resaltantes por su color rojo o azul, que orlaban el cuello de su escotada y blanca camisa dejaban entrever el nacimiento de su pecho de dura redondez; y sus pequeñísimas mangas dejaban desnudos por completo sus brazos torneados que airosa ponía en jarras, liándose en ellos el rebozo de bolitas de enmalladas puntas que arrastraba con desparpajo. Sus formas rollizas se adivinaban a pesar de los multiplicados pliegues de sus enaguas de zaraza que dejaban el nacimiento de la pierna descubierta, lo bastante para provocar indiscretas y tentadoras revelaciones. Sus pies pequeñuelos sin medias desbordaban la morbidez de sus carnes de los zapatos bajos de mahón que los aprisionaban; toda ella respiraba voluptuosidad y deleite. Con un salero que en cada movimiento era una provocación; sus pequeños labios, sombreados por un finísimo bozo eran un atractivo; con un pestañar de sus ojos grandes y negros; con un par de hoyuelos en las mejillas; el color moreno, aunque con cierto mate hechicero; negro y quebrado el cabello, atado con dos largas trenzas. Era confianzuda hasta parecer fácil, aunque Dios librara al que intentara provocarla.

Aquella muchacha tenía como amante a Ramón y permanecía con él sin pensar en las penalidades y pobreza en que vivían. Para Micaela estar al lado de Ramón constituía toda su felicidad. Mientras el joven trabajaba en las minas ella se entregaba a las faenas domésticas hasta ya entrada la tarde cuando el hombre regresaba a la rústica choza donde vivían.

III

Una tarde Ramón regresó del trabajo un poco meditabundo. Entró a la choza y sin dirigirle una palabra a Micaela, ni dirigirle, como lo hacía de costumbre alguna chanza cariñosa, arrojó con enojo el marro a un rincón y salió luego a sentarse en un pedazo de tronco de árbol que estaba por fuera de la puerta. Ella notó en el acto que estaba disgustado y trató de averiguar la causa, pero él se negó a darle explicaciones. —“Nada tengo” —había contestado con cierta intención que ella no pudo adivinar.

Sin embargo, mientras inclinada sobre el metate Micaela remolía la masa del maíz, o palmeaba con sus pequeñas manos la delgada y blanca tortilla que cosía con destreza en el redondo comal de barro, observaba a Ramón, quien con la mejilla apoyada en la mano izquierda, con la derecha maquinalmente hacía escarabajos en el suelo, y aún notó que reprimía frecuentes accesos de ira.

--“Animado está — se dijo ella para sí, y después con tono agasajador y chanchero, provocando su conversación para tener la oportunidad de hacerlo reír y contentarlo, le dijo:

--Oiga, si tendrá dos trabajos.

Ramón volvió a verla con manifiesta ira y calló.

--Pos mire que me ve de reajo — dijo Micaela — como si ocasión yo fuera de su quebranto...Deje hablar a su corazón y que diga lo que siente, que al cabo se me afigura que han de ser perititas visiones.

IV

Sea que el administrador de la mina no fuera indiferente a los atractivos de Micaela, o fuese por casualidad, algunos días se le miraba rondar con cierta insistencia por los alrededores de la choza de aquélla. Si bien es cierto que eso nada significaba, fue bastante sin embargo, para que las malas lenguas aventuraran atrevidas murmuraciones respecto a la conducta de aquella pobre muchacha, que de todo habría sido capaz, menos de cometer una infidelidad a su amante a quien quería con verdadera ternura.

Un amigo indiscreto refirió a Ramón con toda franqueza lo que se murmuraba y éste, con toda la insensatez del más furioso celo, se creyó burlado y no pensó en el acto sino en una terrible venganza.

No muy distante de la choza de Micaela, daba vuelta faldeando la loma, una estrecha y pedregosa vereda que conducía de la mina a la casa de la hacienda, y por donde siempre regresaba el administrador a medianoche después de haber señalado las nuevas paradas de los barreteros.

Ramón, que estaba al tanto de aquello, se puso al acecho entre las asperezas del terreno y esperó daga en mano, resuelto a agredir a su imaginario rival cayendo sobre él por sorpresa, y saciar con su muerte la venganza de su amor que creía ultrajado.

No aguardó mucho, pues a poco de estar en espera tras unas peñas ala orilla del camino, escuchó los guijarros y pedruscos que hacían rodar los pasos del administrador. Cuando éste estuvo cerca, Ramón cayó repentinamente sobre él, con la furia y la violencia de un tigre; pero el administrador era hombre fuerte, de mucha sangre fría y logró parar el golpe y reponerse de la sorpresa. Enseguida se trabó entre ambos una de esas terribles luchas de vida o muerte. Aunque el administrador había recibido de luego la herida en un brazo, no le impedía defenderse con destreza y agilidad y atacar con ventaja al adversario, quien poco a poco comenzó a comprender la superioridad de la fuerza del enemigo.

En una de las peripecias de aquella lucha, el administrador logró en una falsedad de Ramón asirle la mano con que empuñaba la daga y lo jaló con fuerza haciéndolo tropezar contra una peña y caer al suelo.

Ramón iba a sucumbir. El administrador había logrado cogerlo por debajo y lo sujetó luego por el pecho con la fuerte presión de una rodilla; y mientras con una mano le tenía bien asegurada la daga, con la otra le oprimía fuertemente la garganta.

En aquella situación, la Micaela que se había apercebido de la lucha y había conocido la voz de su amante, llegó al lugar del combate y luego se dio cuenta de la peligrosa situación en que se encontraba

Ramón, se lanzó atrevida sobre el administrador asiéndolo de los cabellos y comenzó también a apretarle también la garganta para estrangularlo. El auxilio de la Micaela fue de lo mas oportuno para la salvación de su amante, pues debido a su ayuda pudo éste recobrase un tanto. Después de un rato el administrador fatigado ya y dominado por la Micaela que recurría a todos los medios de agresión que se le presentaban para librar a Ramón, comenzó a ceder. Ramón algo ya desahogado pudo hacer un supremo esfuerzo y logró al fin soltarse de la mano que detenía la daga e hirió en el pecho a su adversario que cayó exámine en el acto.

Ramón se levanta y luego que conoce a Micaela, quien se le acerca a abrazarle llena de contento al verlo fuera de peligro, exclamó:

-Venías a defenderlo, pues...¡Defiéndelo!

Y le atravesó el corazón.

V

Al día siguiente los habitantes del mineral, reunidos en corrillos por aquí y por allá, hacían comentarios sobre los misteriosos acontecimientos que habían ocurrido la noche anterior. La casa de la hacienda había sido incendiada; Ramón y el administrador habían desaparecido y en uno de los tiros de la mina se había encontrado el cadáver de Micaela.

Y al mismo tiempo que mi guía me refería lo anterior, me enseñaba a lo lejos unas paredes enrojecidas que se distinguían sobre una elevada loma que teníamos al frente en ese momento, luego que salíamos de los vericuetos de una cañada estrecha y pedregosa.

--Aquella es la Casa Colorada--me dijo.--desde entonces--continuó--se abandonó la mina, no obstante que su riqueza era tal, que se cortaba la plata con la tajadera. Pero un espectro, señor, el alma de la Micaela que andaba en pena, se aparecía a los mineros, las velas se apagaban y se escuchaban espantosos y extraordinarios ruidos y nadie, por eso, quiso trabajar. Hoy se ignora donde quedó la boca de la mina, pero yo tengo ciertos indicios, y casi estoy seguro de que pronto voy a encontrarla.

Y dándole un azote a la mula se metió ágil entre el breñal, confiado en su cuera y botas de gamuza; se colocó delante de mí y comenzó a silbar con cierto aire indiferente una alegre tonadita del país, a que hacía coro el monótono y sonoro campanillar de sus espuelas.

LA PLAYA DEL TESORO

Cuenta la leyenda que cuando los legendarios piratas holandeses llamados “los Pichilingues” quienes tenían su base de operaciones en la pequeña isla San Juan Nepomuceno que se encuentra frente a la terminal de los transbordadores, supieron que el feroz bucanero inglés Francis Drake se acercaba a las costas de la península californiana, con su flota de navíos perfectamente artillados y con tripulación sanguinaria y experta en el combate, presintieron que se internaría en el mar de Cortés y llegaría a la bahía de La Paz, donde con seguridad se daría cuenta de su presencia. Por tal motivo, introdujeron en cofres adecuados su enorme riqueza de perlas de los más bellos orientes e increíbles tamaños, que habían logrado obtener durante los largos meses en que se habían dedicado a saquear esos prolíficos fondos marinos. Después procedieron a enterrarlos en las blancas arenas de una pequeña ensenada cercana a su citada base de operaciones.

Según revela la vieja crónica, el extraordinario tesoro nunca llegó a recuperarse, pues su escondite se perdió durante un temblor de tierra, aunado a un devastador ciclón que cambió por completo la topografía de la zona.

Los años pasaron, y cuando ya nadie se acordaba del suceso, un humilde pescador halló una enorme perla entre las arenas de ese lugar, perla que según cuentan adorna la corona de la reina de Inglaterra.

La gente entonces volvió a buscar los cofres que ocultaron los piratas pero nunca pudieron encontrarlos. Aún en la actualidad, los

viajeros que transitan por la carretera que va rumbo a la terminal de los transbordadores, observa curiosa como en el Playa del Tesoro muchos niños, jóvenes y adultos buscan entre sus finas y blancas arenas las perlas que dejaron ahí los Pichilingues.

EL CERRO DE LA CALAVERA

Hace muchos cientos de años, antes de que las naves españolas surcaran la quietud de la bahía de La Paz, vino al mundo una princesa llamada Huamai, hija de la reina Mayibel y del hechicero Chamán guaycura. Desde su niñez, Huamai corría alborozada por los cerros que circundan el valle de La Paz y se entretenía cortando flores de pitahayas a la vera de los bosques.

A la muerte de la reina Maribel, la bella Huamai fue proclamada reina guaycura y aún cuando contó con el enorme vasallaje de su tribu, fue odiada por los grupos rivales. La joven reina hubo de enfrentar sus ejércitos al ataque los Aripas comandados estos por el gran caudillo Atupa, quien soñaba con reinar en la región. Después de varios intentos fallidos, Atupa se declaró vencido y se refugió con sus tropas en la isla de Espíritu Santo.

Desde ahí planeó conquistar a la reina Huamai con el corazón y, al efecto, mandó en varias ocasiones emisarios portando cestos de ricas pedrerías y valiosos amuletos, regalos que aquélla rechazó. Herido por el desprecio, Atupa juró vengarse y para ello asentó su campamento sobre la costa, donde salió una noche en que la reina contemplaba el paso de la luna desde lo alto del cerro, con la intención de ultrajarla por la fuerza y consumir así su venganza, satisfaciendo al mismo tiempo sus deseos amorosos.

Al ser acorralada la reina y hecha prisionera por los soldados de Atupa, prefirió sacrificarse antes que entregarse al caudillo enamorado. Huamai sacó de sus vestimentas reales un pedernal de piedra roja y clavándoselo en el corazón se lanzó al vacío. Una planta de pithaya a la que solía acudir en busca de bellas flores, alargó sus brazos y la atrapó evitando que cayera al precipicio. Así Huamai quedó para siempre a la mitad del cerro, viendo hacia el paso majestuoso de la luna.

Los vasallo guaycuras, al reconocer el valor desmedido de la reina, acudieron en romería a depositar en el lugar donde se dibujó la calavera de la heroína toda suerte de ofrendas.

A la llegada de los españoles, encontraron en las cuevas de la calavera un enorme número de desechos de cestos de hojas de palma que habían contenido las ricas pedrerías que ahora se les ofrecía a su ojos, regadas por doquier. Relatos posteriores a la venida de Cortés, aseguran la existencia de un buen número de tesoros que los españoles, en su precipitada huída, enterraron con el fin de recuperarlos después. Aún son buscados dichos tesoros por aventureros que dan por cierto los fantásticos relatos.

Así, quien transite de La Paz a los balnearios y las playas del norte de la ciudad, verá estática la figura de la calavera de Huamai que observa el paso de la luna, vigilando amorosa la existencia de los descendientes de su reina que mora en la ciudad de La Paz.

LAS CIRUELAS DEL MOGOTE

En el verano, aprovechando los fines de semana, los habitantes de la ciudad de La Paz suelen recorrer los cauces de los arroyos que se localizan en sus alrededores, en busca de los árboles que producen la apetitosa fruta conocida como ciruela silvestre.

Corre la fama de que las ciruelas más sabrosas son la de los arroyos de El Cajoncito y el Piojito, aunque a decir verdad no se comparan con las que se producen en el Mogote, angosta franja de tierra que se interna en la bahía de La Paz, a escasos 800 metros frente a la ciudad enmarcando a la ensenada del mismo nombre.

Las ciruelas del monte, como son conocidas popularmente, son de color amarillo en su pulpa y en su cáscara. Cuando están maduras son jugosas y de un sabor agridulce. El hueso llamado “chunique, grande en proporción a la fruta, contiene en su interior una almendra de sabor muy parecido a la nuez. Los niños, y a veces los adultos, guardan los huesitos para partirlos posteriormente y saborear con miel o leche las almendras recogidas.

Pero no solamente los paceños gustan de las ciruelas. Existe una pequeña ardilla conocida como “juancito” que mora en los agujeros hechos en los troncos de cactus comp. la choya y la pitahaya, que ha hecho de la almendra del chunique su comida preferida. Con destreza propia de un cirujano, desprende con sus dientes incisivos la pequeña tapa que cubre la parte superior del hueso y extrae la semilla entera. Es común encontrar debajo de los ciruelos los huesos vacíos semejantes a pequeños y originales cuencos y, con un poco de paciencia, se puede observar la labor metódica y elegante de las traviesas ardillas cuando saborean el manjar de su predilección.

Cuenta la leyenda que las ciruelas del Mogote solucionaron un grave conflicto entre dos tribus que habitaban esa región.

Los Aripas y los Guamuchis eran enemigos irreconciliables y continuamente tenían enfrentamientos, sobre todo para defender los límites de sus propiedades. Uno de tantos días, los Aripas lograron

capturar a la princesa Inmigná, la bella hija del rey Guamuchi. Inconsolable, el padre envió diversas embajadas para suplicar la devolución de su adorada hija, pero todos los esfuerzos resultaron vanos. Como último y desesperado recurso, al rey se le ocurrió enviarle un recado a su enemigo que consistió en un caparazón de caguama rebotante de frescas y apetitosas ciruelas. Gustaron tanto las frutas al rey Aripa y tan agradecido se mostró con ello, que ordenó la inmediata devolución de la princesa cautiva. Desde ese incidente, las tribus vivieron en paz y en recíproca colaboración.

La misma leyenda trae aparejado un corolario en el que se afirma que la persona que come ciruelas del Mogote se queda para siempre en La Paz. Seguramente por que la sabrosa fruta impregna de una sensación de tranquilidad y bienestar, características muy propias de los que habitan esta hermosa ciudad bajacaliforniana.

LA PIEDRA LARGA

Por el camino que atraviesa la sierra de las Cacachilas y que une la carretera transpeninsular con el que llega al valle de Los Planes, pasando por ranchos como Los Divisaderos, Las Calabazas y Los Encinitos, se localiza el rancho de Agua de los López, antigua comunidad donde moran familias de ese apellido.

A unos dos kilómetros del rancho se encuentra una conformación rocosa en la que sobresale una piedra que se eleva varios metros sobre las demás la cual, por su original configuración, los lugareños la conocen con el singular nombre de "La Piedra Larga".

Lo anterior no tendría nada de extraordinario, ya que en otros lugares de la entidad y no digamos de la República Mexicana, existen innumerables sitios en los que pueden observarse estructuras pétreas de esta naturaleza. Lo que le da especial interés a la "piedra larga" es el hecho de ser un centro ceremonial utilizado por los antiguos pobladores Guaycuras, para rendirle culto a su dios Guamongo.

Aunque los cronistas religiosos de esa época no dicen nada al respecto, debemos tomar en cuenta las versiones orales que se ha sucedido a través de varias generaciones, para hacernos a la idea de la existencia de esos centros de reunión donde el Guama o hechicero de la tribu invocaba los favores de su dios tutelar.

Cuando llegaron los primeros españoles a la península encabezados por Fortún Jiménez, en 1533, los indígenas se refugiaron en lo alto de la sierra, seguramente en aquellos lugares donde con antelación los tenían previstos para esos casos. Y lo mismo sucedió con los subsecuentes arribos de las expediciones, entre ellas las de Hernán Cortés, Francisco de Ulloa y Sebastián Vizcaíno.

Es de creerse que el Guama aprovechaba las congregaciones alrededor de la "piedra larga", para hacer conjuros en contra de los invasores que en mala hora llegaron a entorpecer y en otros casos a

destruir sus tradiciones y formas de vida. Allí, amparados por las sombras nocturnas, debieron haberle pedido a Guamongo que castigara a los hombres blancos con enfermedades hasta causarles la muerte. Tantas invocaciones sirvieron de algo, por que durante 165 años los grupos expedicionarios no lograron hacer huesos viejos en la península californica, largo tiempo durante el cual las tribus de los cochimies , los guaycuras y los pericúes siguieron siendo dueños de su habitat, resguardando sus costumbres y creencias.

A partir de 1697, con el arribo de los sacerdotes jesuitas y con ellos un nuevo dios que hablaba de bondad y del bien, el ser omnipresente de los indígenas invocados por los hechiceros se sintió relegado, pero no tanto para que no continuaran con sus tenebrosos ritos en su honor. Incluso en pleno periodo de catequización, cuando las misiones florecían en toda la península, todavía los indígenas sostenían sus costumbres paganas, ya que de hecho era lo último a que podían aferrarse al ver que su mundo desaparecía por obra y gracia de los conquistadores.

Ha pasado mucho tiempo pero la fama del centro ceremonial de la “piedra larga” no ha desaparecido. Los habitantes de los ranchos diseminados a todo lo largo de la sierra de las Cacachilas, incluyendo las comunidades de Palo de Arco y Los Divisaderos, relatan sucesos ocurridos años atrás, donde los fines de semana que coincidían con la luna llena, se veían figuras humanas danzando al filo de la medianoche, y se escuchaban voces que invocaban a Satanás, como antes los nativos lo hacían a Guamongo.

Se platica que a esos aquelarres llegaba gente de diversos puntos de la región, desde los ranchos alejados de El Remudadero y San Venancio, hasta los que se encuentran en los alrededores de El Triunfo y San Antonio. Algunos de los involucrados en estas ceremonias desaparecían de sus comunidades los fines de semana y se hacían presentes en la “piedra larga”, sin que se explicaran los medios utilizados para recorrer tan largas distancias entre uno y otro lugar.

Todavía en la actualidad existen versiones de que en ese lugar se oyen ruidos extraños en las noches de luna, por lo que los

moradores de esa zona evitan acercarse, so pena de verse envueltos en los remolinos de los maleficios que originan las fuerzas del mal.

Por eso, los visitantes que deseen conocer el sitio donde se encuentra esta descomunal piedra deben hacerlo durante el día, ya que lo contrario pueden encontrarse con la presencia de Guamongo, ese extraño dios de los Guaycuras que no teniendo forma ni sustancia, influyó decisivamente en sus costumbres y formas generales de vida.

EL LAGO SAGRADO DE LOS GUAYCURAS

En la cordillera que recorre a lo largo la parte sur del Estado de Baja California Sur se encuentran dos sierras que reciben el nombre de La Laguna y San Lázaro. La primera localizada frente a los pueblos de Todos Santos y El Pescadero; la segunda a un lado de la ciudad de San José del Cabo.

Por sus especiales características, la sierra de La Laguna dio origen a la siguiente leyenda:

“ El padre jesuita Juan Jacobo Baegert, quien estuvo 17 años como encargado de la Misión de San Luis Gonzaga, escribió en 1772 su libro “Noticias de la Península Americana de California”, en el que describe las formas de vida de los grupos tribales de esa región, sus características raciales y las condiciones geográficas de esa amplia zona central de Baja California Sur.

Respecto a esto último, Baegert dice, entre otras cosas: “En California hay que temer todo menos ahogarse en agua, y por otro lado si es fácil morir de sed...” No lo habría dicho si hubiera tenido la oportunidad de conocer el sur de la península, particularmente la región de la sierra de La Laguna, donde la tribu de los Guaycuras tenían su lago sagrado.

Hace muchos años, antes de la llegada de los españoles a California, existían varias tribus indígenas que habitaban diversas regiones, entre ellas los Cochimíes, los Huchitiés, los Coras, los Aripas, los Guaycuras y los Pericúes. Los Guaycuras que eran los más numerosos, tenían sus lugares para vivir en la región que comprende lo que hoy es el municipio de La Paz, desde el poblado de Santa Rita, al norte, hasta las comunidades de Los Barriles y Todos Santos, al sur.

Cada año, en los meses de agosto y septiembre los Guaycuras, acompañados de sus familias, especialmente de los hijos recién nacidos, iniciaban un largo recorrido para llegar a la cima de la

sierra de La Laguna donde tenía lugar la ceremonia en honor a Guaymango, su dios hacedor de los cielos, la tierra y el mar.

Por diversos rumbos llegaban los grupos indígenas al lago sagrado rodeado de altos y hermosos árboles propios de las zonas montañosas. Por empinadas laderas y senderos peligrosos, los hombres, las mujeres y los niños subían lentamente mientras que las aves canoras alegraban con sus trinos los hermosos paisajes que se contemplan en la parte alta de la sierra.

Al llegar a su destino, las familias se aposentaban alrededor de la laguna, contemplando con admiración la quieta y límpida superficie líquida que allí, en medio de frondosos encinos y pinabetos, se ofrecía como un paraíso para los agobios de los visitantes.

Horas después, repuestos de las fatigas de viaje, iniciaban las ceremonias en honor de Guaymango, acompañadas de cánticos y bailables dirigidos por el Guama, el hechicero de la tribu. Al final de los actos rituales, las madres bañaban a sus hijos en la laguna como ofrenda a su dios y para que nunca dejaran de venerar y cuidar ese lugar, tan arraigado en sus costumbres y creencias.

Al cabo de cinco días de convivencia, los indígenas iniciaban el descenso, para retornar a sus actividades cotidianas que consistían en la recolección de frutas, la cacería y la pesca. Pero muy adentro de su corazón llevaban el recuerdo de su lago sagrado que allá, en lo alto de la sierra, los esperaba cada año para ofrecerles nuevos impulsos que les permitieran vivir en esta tierra inhóspita, árida y de clima extremo, donde el agua era el don más preciado que su dios les había regalado.

Cuentan que durante los años de las exploraciones españolas, y aún en los años de la conquista espiritual por los misioneros jesuitas, los indígenas continuaron con sus procesiones al lago hasta que, descubierto su lugar sagrado, ellos mismos abrieron canales para desecarlo, y evitar así que otros ojos contemplaran lo que por siglos había sido el centro ceremonial más importante de los californios".

LA PITAHAYA

No se sabe la época de este acontecimiento...

El sol abrazaba las sabanas y estepas zaharianas de esta tierra desprendiendo un halo sofocante que todo lo envolvía, haciendo desmayar las chicuras y deshojar las binoramas.

No había habitantes humanos sobre la tierra, solo animales malignos, serpientes y tarántulas; se acentuaba la vida de los cuadrúpedos, y las aves poblaban las frondas en los picos más altos de las sierras. Los rumores del viento y el tumbo de las olas era la única melodía en la tierra desértica.

Más un día hubo algo notable: Hizo su aparición un ser humano, de tez morena, cabellera descuidada y mirar desconfiado; su cuerpo recio, desnudo e indolentemente altivo. Caminaba solo por las cañadas y laderas, hasta que una vez bajó por la inclinación de las montañas hasta la orilla del mar; se quedó mirando con regocijo el chocar de las olas, y luego entró en las aguas sintiendo como se fortificaba su cuerpo con el abrazo de las olas; después salió al médano, respiró con avaricia el ambiente yodado y caminó suavemente sobre la arena. Una respiración acompasada lo hizo detenerse e inquirir de dónde provenía. Entre las enredaderas verdioscuras de la "tripa de aura" que tapizaban el suelo, descubrió a un ser semejante a él, pero de suave cutis y cara hermosa, profundamente dormida en la arena. La curiosidad lo llevó hasta ella, la contempló. La mujer dormía plácidamente. Abrió los ojos, que azorados lo miraron. Por la atracción natural, le tendió las manos para ayudarla a levantarse y juntos, desde entonces, formaron una sola vida.

Pasaron soles y soles, sus hijos se multiplicaron hasta formar una gran tribu. Todos buscaban la frescura de las frondas y el sosiego de las cavernas. Pero Ibó, su dios, se sintió ofendido porque aquellos, sus hijos, jamás le brindaron una ofrenda.

Ibó para ese entonces se había hecho indiferente y justiciero: no mandaba la lluvia a la tierra quemada, los

manantiales se secaban y los animales morían; el agua y las hojas no fueron suficientes para el mantenimiento de aquella gente; hasta los frutos se acabaron. También los zenzontles dejaron sus palmares y las palomas se remontaron a las cumbres de la serranía; la raza hambrienta casi agonizaba.

El guama más viejo de la tribu aconsejó: --Contentemos al padre Niparajá y a Ibó; no quieren sacrificios de caguama ni de paloma, démosle pues la sangre de las doncellas para que nos sean propicios.

Y he aquí, como en cada eminencia se vio al otro día, a la hora en que el sol dispersa sus flechas hacia el vasto firmamento, un cuerpo de virgen india falta de corazón, porque la víscera sangrante había sido sepultada en cada lugar, entre ceremoniales, para que se realizara la maravilla que salvara la raza.

¡ El milagro se obró! Negros nubarrones cubrieron el cielo. El mar batía con estruendo ensordecedor, El viento descuajaba árboles y pronto torrentes incontenibles todo lo arrasaron. Los naturales, presas del más profundo pánico, se refugiaban en las cuevas. Después de aquel temporal, el campo había cambiado de aspecto; el viento era suave como pluma de seda y la luna, límpida, derramaba su hermosa claridad.

El guama de la tribu, pasmado de admiración, trajo la feliz nueva del prodigio efectuado. Donde se habían sepultado los corazones de las vírgenes había nacido un cactus extraño, extrañísimo, cubierto de corazones rojos...

No había duda, ¡ sus dioses lo habían escuchado...! Desde entonces, en el mes de octubre, pleno de diafanidad de luz de luna, hermosea los campos la purísima flor de blancura de nieve y olor de encanto: la flor de la pitahaya agria, símbolo de las doncellas inmoladas las cuales, por un mágico hechizo se transformaron, de corazones sangrantes en frutas cuya pulpa agridulce es el don más preciado de esta tierra. ¡ Multiplicación prodigiosa de los corazones vírgenes en holocausto al sol!

EL TESORO DEL CERRO ATRAVESADO

La ciudad de La Paz tiene tres distintivos geográficos, pero los más sobresalientes son el Mogote, el cerro de la Calavera y el Cerro Atravesado. Los tres tienen sus leyendas que se remontan a los tiempos en que la Baja California fue habitada por grupos indígenas y también a la época de las exploraciones e incursiones de los barcos piratas que andaban en busca de los galeones de Filipinas.

El Cerro Atravesado se localiza en la parte Este de la ciudad, muy cerca de la calzada Margarita Maza de Juárez conocida también como AltaTensión. Hace 50 años, cuando todavía no se poblaba esa zona, el Cerro Atravesado se veía con temor y pocas personas se atrevían a recorrerlo. La culpa la tiene una leyenda que dice así:

“En el siglo XVI, cuando era constante el saqueo de barcos por parte de los piratas, aconteció un naufragio en el Golfo de Cortés, dando por resultado la llegada a nuestra bahía de un tipo audaz llamado Tefall Lamartine que traía a un compañero de aventuras. Los dos desembarcaron de una frágil canoa en Punta Prieta, y de allí siguieron su travesía a pie pasando por las orillas del pequeño poblado de La Paz.

Falta agregar un detalle: ambos sostenían un pesado cofre en el que había valiosas joyas de oro y plata que despertaban la codicia del ayudante de Lamartine.

Después de un recorrido penoso y en medio de discusiones violentas llegaron a un lugar del Cerro Atravesado, donde hoy se ven unos añosos árboles de San Juan, y ahí continuaron la discusión sobre el tesoro.

Llegó la noche y tuvieron que acampar en torno a una fogata. Tefall que era desconfiado, aprovechó que su compañero descansaba, tomó su pistola y disparó contra el confiado durmiente. Después cavó un hoyo y sepultó el cadáver junto con el arcón.

Con el transcurrir del tiempo, los caminantes que se acercan al sitio al filo de la medianoche, ven en el tronco de uno de los árboles viejos una lucesita que sin duda indica el lugar donde está enterrado el tesoro. Por cierto ha habido numerosas expediciones que han tratado de encontrar el cofre de Tefall, pero todo ha sido en vano. Otros cuentan que el pirata se aparece en noches de luna y el espectro desaparece entre los arbustos haciendo que los buscadores del “entierro” huyan despavoridos.

En 1959, un grupo de personas en el que había niños, subieron al Cerro Atravesado y hallaron una losa semienterrada con dos eslabones de fierro. Entre todos trataron de levantarla pero no fue posible, por lo que decidieron regresar al día siguiente cargando las herramientas necesarias. Pero para su asombro por más que buscaron el lugar y la lápida no dieron con ellos.

Así quedó en el recuerdo el secreto del tesoro del Cerro Atravesado”

LA LEY DEL PIRATA

Leyenda

En el año de 1565 se estableció la ruta marítima Manila-Acapulco por medio de galeones que seguían la corriente del Kuro Shivo hasta llegar a las costas de América del norte. De allí bajaban costeando para arribar, después de cinco o seis meses de travesía, al puerto mexicano de Acapulco.

El comercio entre Asia y América era muy lucrativo. De la Nueva España los galeones transportaban plata, cacao, vainilla, tintes, zarzaparrilla, cueros, etc. Y de Manila traían piedras preciosas y marfiles, sedas y porcelanas chinas, clavo de las Molucas, canela de Ceilán, jengibre de Malabar, además de lacas, perfumes, tapices y otras atractivas mercaderías.

Los galeones recorrieron durante 250 años los mares del Océano Pacífico, y aunque fueron muchos los que se hundieron o fueron asaltados por los barcos piratas, la vía marítima permaneció hasta el año de 1821. En ese tiempo no menos de mil galeones recorrieron la ruta Manila-Acapulco.

Fue en esos años cuando sucedió un interesante hecho que tiene que ver con los pobladores que habitaron la parte sur de nuestro Estado y que dio origen a la siguiente leyenda:

Cuando los barcos piratas acechaban los galeones que venían de Manila con el fin de apoderarse de sus tesoros, uno de ellos fue apresado y saqueado por una nave inglesa cuyo capitán era un hombre de recio carácter y firmes convicciones. La tripulación bajo su mando era disciplinada y hasta cierto punto generosa, además de valiente.

Además del rico botín, los piratas tomaron cautiva a una bellísima mujer, rubia, altiva y muy inteligente. La marinería aseguraba que ella valía más que toda la mercadería capturada. Pero siendo mujer hermosa y atrayente, la prisionera era indudablemente peligrosa.

En busca de más riquezas, el barco pirata se acercó a las costas de la península californiana llegando a la altura de lo que hoy son los pueblos de La Ribera, Los Barriles y Buena Vista. Pero en el trayecto el capitán se dio cuenta de la inquietud de la tripulación que originaba riñas y desacuerdos, a tal grado que aquél se puso a investigar la causa que los originaba. Lo descubrió pronto.

La rubia presa, con permiso para pasear en la cubierta del buque durante las horas de la mañana había seducido, con su hermosura y sus miradas cautivadoras a toda la marinería, y debido a eso los piratas se disputaban, con deseo y celos, las insinuaciones de la dama.

Tan pronto supo el motivo y antes de que las cosas llegaran a mayores, el capitán tomó una resolución: decidió arrojar a la mujer por la borda y dejar que los tiburones resolvieran el problema. Pero no contó con la desaprobación de la tripulación que estuvo a punto de amotinarse ante la injusta decisión, por lo que armado de una pistola y una espada, amenazó a los que tenían inclinaciones amorosas por la mujer correrían la misma suerte.

Hecha la advertencia ordenó que quienes estuvieran en ese caso dieran un paso al frente. Para su sorpresa sólo un hombre avanzó: un mocetón de escasos veinte años, rubio, alto, fuerte y bien parecido. Era el hijo del capitán.

El pirata estuvo a punto de arrepentirse de su amenaza, pero como era hombre de honor, no podía hacerse para atrás. Cuando vio acercarse a su hijo se sobrepuso a su dolor, guardó sus armas y puso en las manos del joven un puñal italiano. Éste tomó el regalo, y dando la espalda a su padre, tomó en brazos a su amada y se lanzó sobre la borda.

Pero el salto no fue hacia la muerte. Nadando vigorosamente lograron llegar hasta la playa y se internaron en la arboleda. Como dos náufragos lograron sobrevivir y con el paso de los años, junto con otros piratas que corrieron la misma suerte, fundaron un pequeño pueblo que es el origen de los que actualmente existen en esa región.

Ese grupo de personas de procedencia extranjera fueron los que trajeron los apellidos Heart, Collins, Leggs, Fisher, Taylor y otros mas, cuyos descendientes viven actualmente en esa región de nuestro Estado.

LA LEY DEL PIRATA

Leyenda

En el año de 1565 se estableció la ruta marítima Manila-Acapulco por medio de galeones que seguían la corriente del Kuro Shivo hasta llegar a las costas de América del norte. De allí bajaban costeando para arribar, después de cinco o seis meses de travesía, al puerto mexicano de Acapulco.

El comercio entre Asia y América era muy lucrativo. De la Nueva España los galeones transportaban plata, cacao, vainilla, tintes, zarzaparrilla, cueros, etc. Y de Manila traían piedras preciosas y marfiles, sedas y porcelanas chinas, clavo de las Molucas, canela de Ceilán, jengibre de Malabar, además de lacas, perfumes, tapices y otras atractivas mercaderías.

Los galeones recorrieron durante 250 años los mares del Océano Pacífico, y aunque fueron muchos los que se hundieron o fueron asaltados por los barcos piratas, la vía marítima permaneció hasta el año de 1821. En ese tiempo no menos de mil galeones recorrieron la ruta Manila-Acapulco.

Fue en esos años cuando sucedió un interesante hecho que tiene que ver con los pobladores que habitaron la parte sur de nuestro Estado y que dio origen a la siguiente leyenda:

Cuando los barcos piratas acechaban los galeones que venían de Manila con el fin de apoderarse de sus tesoros, uno de ellos fue apresado y saqueado por una nave inglesa cuyo capitán era un hombre de recio carácter y firmes convicciones. La tripulación bajo su mando era disciplinada y hasta cierto punto generosa, además de valiente.

Además del rico botín, los piratas tomaron cautiva a una bellísima mujer, rubia, altiva y muy inteligente. La marinería aseguraba que ella valía más que toda la mercadería capturada. Pero siendo mujer hermosa y atrayente, la prisionera era indudablemente peligrosa.

En busca de más riquezas, el barco pirata se acercó a las costas de la península californiana llegando a la altura de lo que hoy son los pueblos de La Ribera, Los Barriles y Buena Vista. Pero en el trayecto el capitán se dio cuenta de la inquietud de la tripulación que originaba riñas y desacuerdos, a tal grado que aquél se puso a investigar la causa que los originaba. Lo descubrió pronto.

La rubia presa, con permiso para pasear en la cubierta del buque durante las horas de la mañana había seducido, con su hermosura y sus miradas cautivadoras a toda la marinería, y debido a eso los piratas se disputaban, con deseo y celos, las insinuaciones de la dama.

Tan pronto supo el motivo y antes de que las cosas llegaran a mayores, el capitán tomó una resolución: decidió arrojar a la mujer por la borda y dejar que los tiburones resolvieran el problema. Pero no contó con la desaprobación de la tripulación que estuvo a punto de amotinarse ante la injusta decisión, por lo que armado de una pistola y una espada, amenazó a los que tenían inclinaciones amorosas por la mujer correrían la misma suerte.

Hecha la advertencia ordenó que quienes estuvieran en ese caso dieran un paso al frente. Para su sorpresa sólo un hombre avanzó: un mocetón de escasos veinte años, rubio, alto, fuerte y bien parecido. Era el hijo del capitán.

El pirata estuvo a punto de arrepentirse de su amenaza, pero como era hombre de honor, no podía hacerse para atrás. Cuando vio acercarse a su hijo se sobrepuso a su dolor, guardó sus armas y puso en las manos del joven un puñal italiano. Éste tomó el regalo, y dando la espalda a su padre, tomó en brazos a su amada y se lanzó sobre la borda.

Pero el salto no fue hacia la muerte. Nadando vigorosamente lograron llegar hasta la playa y se internaron en la arboleda. Como dos náufragos lograron sobrevivir y con el paso de los años, junto con otros piratas que corrieron la misma suerte, fundaron un pequeño pueblo que es el origen de los que actualmente existen en esa región.

Ese grupo de personas de procedencia extranjera fueron los que trajeron los apellidos Heart, Collins, Leggs, Fisher, Taylor y otros mas, cuyos descendientes viven actualmente en esa región de nuestro Estado.

EL TESORO DE SAN BRUNO

A unos veinte kilómetros de Loreto, por la carretera al norte, se aparta un camino que llega a la costa donde, en lo alto de un pequeño cerro, se localizan los antiguos restos de la Misión de San Bruno fundada en 1683 por el padre jesuita Eusebio Francisco Kino y el almirante Isidro de Atondo y Antillón.

La conseja popular ha hecho creer que ahí se encuentra un valioso tesoro dejado por los españoles cuando en 1865 abandonaron el lugar. Debido a ello, en los alrededores de ese sitio se encuentran muchas excavaciones efectuadas por gambusinos cholleros y uno que otro gringo despistado.

Lo cierto es que la leyenda del tesoro proviene del dueño de un rancho llamado San Juan Londó cuyo nombre era Estanislao de la Toba. A mediados del siglo XIX el rancho era uno de los más ricos de la región pues contaba con miles de cabezas de ganado muchas de las cuales vendía regularmente.

En ese tiempo las compras se hacían con monedas de oro y plata y como no había bancos ocultaban su dinero como mejor podían. Don Estanislao no era la excepción; en una mesa grande, como de dos metros de largo, colocada en el cuarto donde dormía y cada vez que vendía parte de su ganado, iba colocando el dinero en pilas de diez en diez hasta que llenaba toda la superficie de la mesa. Ahí permanecía varios días bajo el ojo vigilante del ranchero hasta que de pronto, sin saberse cómo, las monedas cambiaban de lugar.

En un ocasión uno de sus caporales, el de mas confianza, llegó a Loreto y ordenó al carpintero del lugar le construyera dos barriles con duelas de mezquite, un poco más grandes que los tibores de 200 litros que se usan para la gasolina. –“Y les pone unos cinchos de fierro y tapadera gruesa de madera” –le indicó el enviado de don Tani. Al cabo de varios días regresó por ellos, dando la explicación que los querían para guardar agua en ellos.

Lo extraño es que los dos barriles nadie los volvió a ver. Se cree que una noche sin luna, don Estanislao y su hombre de confianza trasladaron el tesoro a las orillas del arroyo de San Juan que pasaba cerca del rancho y ahí, entre piedras y ramajes, lo enterraron.

Loas años pasaron y tanto el dueño del lugar como su amigo murieron casi al mismo tiempo llevándose el secreto a sus tumbas. Ni sus hijos ni los demás parientes supieron jamás donde estaba enterrado el tesoro.

En una ocasión dos vecinos de Loreto se animaron a buscar el dinero escondido y armados de un aparato magnético, picos, palas y un poco de miedo se dirigieron al arroyo de San Juan. A poco de explorar, la aguja imantada señaló el lugar preciso por lo que de inmediato procedieron a excavar abriendo un hoyo de regulares dimensiones. A metro y medio de profundidad encontraron los cinchos enmohecidos de uno de los barriles, además de algunas duelas. -“¡ Aquí está el tesoro!—exclamaron llenos de alegría y continuaron con mayores bríos ampliando el agujero.

Pero no encontraron nada, sólo piedras y arena, pero del tesoro ni una mísera moneda. Platican que en la casa de uno de los frustrados millonarios, en un rincón del cobertizo están las duelas encontradas, como mudos testigos de que el tesoro de don Estanislao de la Toba si existió.

LA AHORCADITA

A la vera del camino que lleva a la zona de Cañada Honda, La Pastora y Las Playitas, unos kilómetros al oeste del poblado de Todos Santos y bajo la sombra de un árbol silvestre conocido como “Palo blanco”, se encuentra la tumba de una joven mujer que en vida llevó el nombre de Matilde Martínez. La lápida no tiene epitafio, solamente un letrero que dice simplemente “La ahorcadita”.

Según cuenta la leyenda su nombre se originó en un lamentable suceso que tuvo lugar en los últimos años del siglo XVIII cuando la suegra de Matilde por una cuestión baladí le quitó la vida golpeándole la cabeza con la mano de un metate. Lo trágico de este hecho delictivo es que la joven señora tenía cuatro meses de embarazo.

Doña Cleotilde Cota de Monteverde, quien fuera una hermosa y gentil mujer y es ahora una venerable anciana de 90 años, cuenta la historia de “La ahorcadita” que a ella, siendo niña, se la contaba su madre, doña Rosario Cota, hecho que ocurrió en los años de la abundancia de los cañaverales y los trapiches, en esos tiempos movidos por bestias. La historia es la siguiente:

En una huerta de Todos Santos llamada “La diablo” vivía Matilde con su esposo, su suegra y un cuñado de escasos nueve años de edad que era mongoloide. Recién casados – la joven tenía 18 años – el feliz matrimonio esperaba con ilusión la llegada de su primer hijo. El día del trágico suceso, su esposo se había ido a sus labores en los cañaverales mientras que Matilde se ocupaba en atender un sembradío de calabazas que ya estaban a punto de sazonar.

Estaba la joven ocupada en su faena cuando para su mala suerte pasó cerca del calabazar Astolfo Monteverde, antiguo conocido de ellos, quien la saludó alegremente diciéndole:--“¡Qué chulas están tus calabazas Matilde!– El muchacho siguió su camino, pero la suegra celosa en extremo mal interpretó la frase, por

lo que dirigiéndose a su nuera le espetó, furiosa: “¡Eres una coqueta!” a la par que con la mano del metate la golpeó repetidas veces hasta que su cuerpo quedó inerte sobre el suelo, junto a las hornillas.

La perversa suegra, desesperadamente trató de simular un accidente tumbando la enramada y dejándola caer sobre la infortunada Matilde. Así pasó la mayor parte del día hasta que llegó su hijo quien creyó todo lo que su madre le contó sobre el accidente. Puestos de acuerdo, colocaron el cadáver en un cuero de res y la arrastraron al monte a altas horas de la noche. Caminaron varios kilómetros alumbrándose con hojas de palma encendidas hasta hallar un árbol de Palo Blanco y en él la colgaron para que la gente del pueblo creyera que se había suicidado.

A los ocho días un niño encontró el cadáver en descomposición y dio aviso a las gentes del pueblo quienes, al enterarse, se quedaron sorprendidos, al borde del espanto, por el cruel asesinato. Acudieron las autoridades hasta el árbol de Palo Banco y decidieron sepultar allí mismo a la infortunada Matilde.

Se descubrió la verdad de lo sucedido porque el niño que vivía con ellos delató a su madre diciendo la forma en que había matado a la joven señora. Madre e hijo fueron enviados a la prisión de Santa Rosalía donde la asesina murió en la bartolina, y el esposo de Matilde cuando cumplió su condena, salió de la cárcel y se perdió en el tiempo y en el olvido.

A tantos años del suceso, “La ahorcadita” es una fuente de milagros, especialmente para las mujeres que anhelan tener hijos. Pero para lograr un favor de ella se tiene que ir rezando por el camino principal monte adentro, hasta llegar a la tumba de Matilde. Y el rezo se debe hacer por el niño, por el hijo que nunca nació por haberle causado la muerte su propia abuela en el mismo vientre de su madre.

LA ANIMITA DEL CAMINO REAL

Corría la década de 1860 a 1870, época de turbulencias políticas en nuestro país que dieron término a la llamada Guerra de Reforma, y después la lucha contra la intervención francesa y el triunfo de las fuerzas liberales encabezadas por el Presidente Benito Juárez. Aquí en Baja California Sur, como caja de resonancia, tuvieron lugar varios hechos que pusieron en constante alerta a la población, en especial a los habitantes de la ciudad de La Paz. Y fue en esos años cuando tuvo lugar el suceso que a continuación narramos y que dieron origen a la leyenda de “La Animita del Camino Real”.

José Lino de Jesús Manríquez Martínez nació en el pueblo de San Antonio el 3 de septiembre de 1855. Fue el tercer hijo del matrimonio formado por José Miguel Manríquez, militar, y doña Esperanza Martínez. El cura sinaloense Anastasio López impartió al pequeño José Lino el sacramento del bautismo en la iglesia de San Antonio, el 3 de noviembre de ese mismo año.

En esos agitados tiempos, don José Miguel ya con el grado de sargento de caballería, participó activamente en la lucha contra el filibustero Juan Napoleón Zerman que ese año de 1855 tenía sitiada a la ciudad de La Paz. En apoyo al general Manuel Márquez de León y al frente de un pelotón de la guarda montada hizo prisioneros a los tripulantes de los buques piratas “Archibald Grace” y “Rebeca Adams”, a quienes condujo al puerto de Mazatlán para su posterior envío a la ciudad de México.

La participación del sargento Manríquez en otras acciones lo hizo merecedor de ser nombrado Jefe de la Policía Montada del Real de San Antonio. En el año de 1858 gobernaba la entidad el coronel Diego Castilla quien representaba los intereses del grupo que desconoció la Constitución de 1857. Contra él se levantaron en armas los ayuntamientos de San José del Cabo y Todos Santos, lo destituyeron y pusieron en su lugar al señor Ramón Navarro. Y, por supuesto, don José Miguel participó en esa campaña en defensa de la legalidad.

Corría el año de 1861 cuando el señor Manríquez fue enviado por la superioridad a vigilar el transcurso ordenado de un evento social de relevancia: el matrimonio civil y eclesiástico del comerciante Miguel González Rodríguez y la señorita Soledad Rufo Santacruz, acto apadrinado por el recién nombrado gobernador juarista don Teodoro Riveroll. El evento tuvo lugar en “El Novillo” rancho cuyo propietario era don Tomás Balarezo. Don Miguel, el novio, a quien don José Miguel había proporcionado valiosos servicios, invitó a la familia Manríquez Martínez para que asistieran a la boda. Y fue ahí donde el pequeño José Lino atrajo la atención del profesor Víctor Piñeda de la Cruz y de su novia la también maestra Refugio Contreras. Hablaron con el padre, de tal suerte que meses después el niño fue admitido como alumno regular en el Liceo Parroquial, quedando a cargo de don Pedro Contreras y doña Perseverancia Espinoza, padres de la señorita Contreras, maestra de música del nuevo alumno.

Fue entonces cuando la familia decidió venirse definitivamente a vivir a La Paz para estar junto a don José Miguel, quien separado del servicio militar trabajaba como Jefe de Vigilantes en un centro de diversiones. Mientras el padre se ocupaba en sus labores, el pequeño José Lino de Jesús y sus hermanos asistían regularmente a las clases que en los anexos parroquiales impartían los maestros Gabriel Santiesteban, Julián Galindo, Adolfo Belloc, Teófilo Encinas y el mentor sinaloense Nicolás Sánchez Carrillo.

Cuando todo parecía en calma volvieron las revueltas. A mediados de 1866 el gobernador Antonio Pedrín fue derrocado por el general Pedro María Navarrete quien, lejos de congraciarse con la población, cometió diversos atropellos, pasando a la historia regional como el más sanguinario de cuantos gobernantes conoció la entidad. Contra su gobierno se rebelaron varios grupos de Todos Santos y El Triunfo, pero fue Antonio Pedrín nombrado Jefe Político y Comandante Militar de la Baja California quien lo obligó a abandonar la entidad.

Meses antes, Navarrete había hecho prisioneros a varios patriotas liberales-- él era representante del gobierno francés--y confinados a las mazmorras del cuartel militar. Los detenidos que fueron condenados a muerte fueron Martín Erqueaga, Roberto

Fisher, Ignacio Armenta y Laureano Rosas, capitanes; Loreto Talamantes, Gregorio Osuna y JOSÉ MIGUEL MANRÍQUEZ, sargentos, así como los soldados Muriel Lozano, Calixto Martínez y Úrsulo Fuentes, todos de las tropas del general Manuel Márquez de León.

El 11 de noviembre de 1866, don José Miguel fue confinado a la estrecha e insalubre celda de castigo, puesto al cuidado del Cabo Crispín Sáñez, jefe del resguardo del penal y uno de los más abyectos seguidores del imperialista Navarrete. El pequeño José Lino, enviado por su madre a llevarle alimentos a su padre fue testigo de cómo, con crueldad inaudita, Sáñez ordenó sacar de la celda al prisionero, para disponer que en presencia del niño fuese azotado hasta sangrar y quedar desmayado de dolor. Al ver aquello, el niño se encaró al Cabo Sáñez para implorar piedad para su padre. En respuesta y como uno más de sus alardes sanguinarios el tosco soldado le contestó con voz cargada de crueldad: --“ ¿Para que quieres piedad para tu padre?, es un bandido malhechor y esta tarde, a las cuatro en punto, será pasado por las armas en el paredón de La Ciénega.

Abatido por el dolor, José Lino de Jesús vio como el malherido cuerpo de su padre era llevado de nuevo a la celda insalubre de castigo. Regresó a la casa para avisarle a su madre y se dispuso a lo que señalaría su ingreso a las páginas de la historia.

Partió hacia el lugar señalado para la ejecución y una vez de nuevo ante el Cabo Sáñez, propuso un insólito trato:

¿Me da su palabra de hombre y de soldado de respetar la vida de mi padre si yo me ofrezco para que me fusilen a mí?

El trato fue contestado por el iracundo navarrista con un leve movimiento de su rostro inmutable. Y sin que se dijera una palabra más, el pequeño José Lino de Jesús, de escasos once años de edad, fue lazado con una reata y arrastrado por entre los matorrales de la ciénega y los choyales del área. Y para dar muestra del mayor sadismo, Sáñez hizo conducir a presenciar el holocausto del niño, a todos los prisioneros, incluyendo al padre de la inocente víctima.

Para corolario del despreciable asesinato, don José Miguel fue obligado a cavar la improvisada fosa donde fue depositado el frágil cuerpecito del niño héroe, para ser cubierto después de piedras y tierra. Atardecía el 11 de noviembre de 1866. El lugar exacto del sepulcro se encuentra señalado a escasos metros donde el fervor popular, andando el tiempo, elevaría una modesta capilla para perpetuar ese acto sublime de amor filial.

Desde entonces, muchos peregrinos acudieron domingo a domingo a depositar ofrendas florales, encender cirios y depositar figuras de oro y plata en pago de fervorosas promesas de los fieles que hubieron de adjudicarle infinidad de milagros. La tradición popular le llama desde entonces “La Animita del Camino Real”.

TRADICIONES

MINACHI

Personajes pintorescos los hay en todos los lugares y Todos Santos no podía ser la excepción. Hace años la figura inconfundible de Minachi era reconocida por todos los habitantes de ese hermoso pueblo sureño. Todas las mañanas recorría las casas mendigando un poco de comida la que depositaba en una lata que llevaba y que recibía de todo: frijoles, sopa, carne, pescado, toda una mezcolanza que después, en su refugio, consumía con voraz apetito.

Su aspecto sucio tanto en la ropa como en su cuerpo –en un tiempo acostumbró embijarse la cara con grasa usada de automóvil– obligaba a los policías a bañarlo lo menos cada quince días y lo cubrían con vestidos donados amablemente por las familias del lugar. En sus diarios recorridos matutinos murmuraba palabras y frases en inglés, como si con ello pudiera establecer la comunicación con un mundo que lo tenía marginado.

Ignacio Domínguez Falcón era su nombre, hijo del señor Rodolfo Domínguez Montroy originario de El Triunfo y quien por cuestiones de trabajo se trasladó a Todos Santos. Ahí creció y estudió Minachi llevando una vida social tranquila rodeado de buenos amigos. Con el paso de los años y ya en plena juventud resolvió probar suerte en los Estados Unidos con tan buena estrella que logró trabajar como extra en los estudios de cine en Hollywood.

Ignacio formó parte de un grupo de bailarines que actuaron en películas musicales y según platicaba era uno de los mejores. Y como sucede con muchachos latinos y de buena presencia, tuvo diversos amores, entre ellos una mujer de color a la cual se entregó con todo el ímpetu de su juventud.

De pronto, y sin dar explicación alguna, regreso a Todos Santos donde se dedicó a gozar de la vida. Vestido siempre de blanco no perdía fiestas en las que ponía en juego sus dotes de bailarín. Llegó a ser un personaje conocido y hasta cierto punto envidiado por ser uno de los lugareños que conoció de cerca los entretelones de la industria cinematográfica de los Estados Unidos.

Y la vida transcurría sin tropiezos para Ignacio. De pronto, de un día para el otro perdió la razón sin que sus familiares supieran la causa de ello. Dicen que recibió una carta de la mujer de color abandonada en el otro lado y que al abrirla unos polvos se esparcieron y fueron inhalados por Minachi. Y que esa fue la causa de que sus facultades mentales se perdieran. Otros aventuran que a lo mejor tomó una sobredosis de enervantes que le afectó el sistema nervioso. Como sea, lo cierto es que a partir de ese día, un pordiosero más recorrió las calles de Todos Santos.

Por causas que no se explican, Minachi solo hacía sus recorridos por las mañanas. Al llegar la tarde nadie lo volvía a ver. Por eso, cuando después de mediodía se le vio envuelto en una cobija caminando con dificultad hacia el centro del pueblo, algunas personas que lo divisaron pensaron que algo le pasaba. En efecto estaba muy enfermo y por más cuidados que recibió en el hospital, murió el día 24 de diciembre en plena Noche Buena. El sacerdote que le dio los santos óleos opinó en voz alta:—" El Nachito escogió esta fecha para morir para que nos acordáramos de él..."

Pero el recuerdo de Minachi se ha ido esfumando poca a poco. Aunque hay algo que lo mantiene vivo en la mente de las personas. Resulta que en sus recorridos en busca de comida, algunos le entregaban un poco de dinero que él guardaba en unas bolsitas de manta. Cuando estaban llenas las enterraba y así lo hizo durante varios años. Cuando murió, buscadores de tesoros trataron inútilmente de dar con ellas pero fue materialmente imposible. Sólo hay una persona en Todos Santos que guarda una bolsa llena de dinero de Minachi. ¿ Cómo la consiguió? La leyenda de Ignacio Domínguez Falcón forma parte de ese misterio.

LAS VELAS DE DOÑA MARGARITA

Allá por los años de 1920 a 1930 los habitantes del pueblo de Todos Santos vivían de los productos agrícolas entre ellos la elaboración de panocha y la exportación de tomate. Otras actividades menores como la pesca y el comercio complementaban el diario trabajo permitiendo el bienestar permanente de las familias. Aunque, por las condiciones mismas de la entonces lejanía con la ciudad de La Paz, algunas cosas de necesidad básica tenían que manufacturarse domésticamente.

En ese tiempo, las costumbres estaban muy arraigadas en el pueblo todosanteño en especial las de carácter religioso. Una de ellas era la conmemoración del “Día de Muertos”, por lo que desde semanas antes se empezaban a confeccionar coronas con flores de papel de china y de hojalata. Algunos más a tono con la naturaleza, hacían coronas utilizando las ramas y las flores del bledo, combinándolas con las hojas y las hermosas flores blancas del datilillo.

Don Benito y su esposa doña Margarita era un matrimonio que participaba con entusiasmo en la preparación de la ceremonia en recuerdo de los fieles difuntos. Cercano el día 2 de noviembre, Benito recorría los montes cercanos en busca de colmenas de las cuales extraía la miel y la cera, esta última utilizada para confeccionar velas de diversos grosores, labor encomendada a Margarita.

La confección de las velas, aunque fácil en apariencia, requería de especiales cuidados y era todo un ritual que debí seguirse al pie de la letra. Lo primero era derretir la cera que se iba juntando y formar con ella bolas de regular tamaño las que se colocaban sobre una mesa. Unos días antes del “Día de Muertos”, don Benito y sus hijos, Néstor entre ellos, iban a las huertas en busca de carrizos que servirían como moldes para las velas. Cortados en trozos –cerrados por un extremo con un botón del mismo y abierto por el otro– se dejaban secar y por un hoyito en la base se pasaba un cordel de algodón que haría las veces de pabilo. Los cordeles eran

suficientemente largos, con objeto de colgar los carrizos de un alambre que corría de un extremo a otro del corredor de la casa.

Veinte, treinta, cincuenta y a veces más eran los moldes que estaban listos para la confección de las velas. Llegada la víspera, doña Margarita ponía a licuar la cera y la iba vertiendo dentro de los carrizos mientras uno de sus hijos evitaba que no se movieran. Al cabo de unas horas el trabajo estaba terminado, pero sería hasta el día siguiente cuando, endurecida la cera, la familia separaba con mucho cuidado los carrizos que habían servido de molde. Y listo, a la vista tenían un montón de velas para consumo propio y para la venta. Hasta eso que los clientes no tardaban en llegar, pues doña Margarita era la única que elaboraba este producto, y como decían todos de excelente calidad.

Con el paso de los años y el mentado progreso, estos quehaceres artesanales fueron desapareciendo. Llegó la producción en serie y en vez de cera se utiliza parafina y las coronas y flores son de plástico, con la ventaja de que son más baratas y duraderas. Pero desde el punto de vista afectivo y como sustento de una tradición que no debe olvidarse, las velas de doña Margarita tienen un lugarcito en el corazón de los viejos todosanteños y aún de los jóvenes que sepan apreciar las variadas formas que tenían nuestros padres y abuelos para resolver sus necesidades más prioritarias.

CAGUAMA EN GREÑA

Ahora que las autoridades han decretado la veda de la caguama, otrora el platillo regional por excelencia de los sudcalifornianos, es oportuno recordar que el famoso quelonio constituía un manjar exquisito para la raquítica dieta de los antiguos habitantes de California.

Nomás que como no contaban con las recetas culinarias y sofisticadas de hoy en día, hacían la carne asada en hornillas improvisadas y el pecho de la caguama lo preparaban “a la greña”, costumbre que hasta la fecha se utiliza en los campos pesqueros por considerarla la mejor manera de saborear esta parte de la tortuga marina.

Ahora, gracias a los dispositivos que se utilizan en las cocinas como los hornos y las ollas de presión, o los diversos condimentos como el azafrán, la pimienta, el clavo, los ajos, las cebollas y los chícharos, es posible elaborar platillos diversos aprovechando la carne de la caguama. Así, existen especialistas en preparar aletas rellenas, cabeza tatemada, sopa de aleta a la avignon y la sopa tradicional, con aceitunas, ejotes y chiles jalapeños, rociada con vino tinto al gusto.

A veces es tal el cuidado que se pone al preparar estos platillos que se raya en el ridículo. Como le sucedió a una joven señora que cocinó un guisado para la comida y al llegar su esposo, le dijo alborozada:--“Papito, te prepararé sopa de caguama y fíjate lo mejor, no tiene sabor a caguama...” Al revés de cómo lo preparan en un restaurante de Loreto, que a una cuadra de distancia se sabía por el penetrante olor, que ese día vendería sopa, consomé y el hígado de tan preciado animal. Y es que el olor característico del quelonio es su mejor carta de presentación. No digamos ya de su sabor penetrante por el aceite que contiene el que, al igual que la carne, conservan la fama de “levantamuertos”, ¡Vaya usted a saber por qué!

Hasta hace poco, era posible adquirir una caguama viva en los campos pesqueros y a precio accesible al bolsillo del comprador. Con el peso necesario para festejar un cumpleaños, onomástico o

una celebración importante. Lo más común era seguir el ritual completo que iba, desde matar el animal hasta saborear el guiso en el mismo caparazón. Lo atractivo al destazar una caguama es que se puede separar rápidamente el hígado para ponerlo a sancochar y a continuación, dividido en trozos, degustarlo con limón, sal y picante al gusto. Como botana es exquisito acompañada de tragos de vino o de cerveza.

La técnica para preparar el pecho de caguama a la “greña” es sencilla y no requiere de conocimientos culinarios especiales: a un lado de una hoguera pequeña atizada con madera dura – palo fierro, uña de gato, mezquite – se clavan dos varillas donde se coloca el pecho procurando que el fuego lo ase lentamente. Al cabo de cierto tiempo se le da vuelta para que todas las partes queden bien cocidas, procurando rociarlo con el aceite que escurre para que no se reseque.

Cuando está convenientemente asado se coloca sobre una mesa – cuando la hay – y con un tenedor y movimientos enérgicos se deshebra la carne, cuidando incluir “los azotillos” que son las orillas del pecho. Se revuelve bien y ya está. Los comensales pueden saborearlos en tacos hechos de tortillas de harina o de maíz, agregándole sal, limón y chile. Si alguno de los que participan en el festín engulle diez o doce tacos no se preocupe. Comer caguama es lo mejor que puede sucederle a uno en sudcalifornia.

¡Ah, pero la fama que tiene esta tortuga no se la quita nadie! Se afirma que para recuperar la energía varonil es mejor que el cuerno de rinoceronte o el té de damiana que ya es mucho decir. Por cierto, uno de los inspirados compositores de la región, compuso unos versos que se intercalan hablados en una canción, que dicen:-- “Un viejito a una pacaña quiso hacerla su dama, pero la joven le dijo: ¡ primero come caguama!...”

A lo mejor, y esta es una mera suposición, las autoridades vedaron la pesca de la caguama no por que se esté extinguiendo, si no más bien como media de apoyo al programa de control de la natalidad. Desde luego, para otras regiones densamente pobladas no se pone objeción, pero en Baja California Sur, donde somos tan pocos, debía considerarse la posibilidad de que podamos disfrutar

de ese exquisito bocado el que, aparte de contribuir a nuestro régimen nutricional, hará posible cumplir con aquella recomendación republicana que dice: “ Hacer hijos es hacer Patria...”

LAS PITAHAYAS DE CALIFORNIA

En los áridos montes de la península de Baja California existen diversas clases de cactus, plantas resistentes a las sequías y que forman parte de la vegetación característica de esta región de México. Los más comunes son el cardón, el garambullo, el nopal, la viznaga, la cholla, y las dos clases de pitahayas que producen frutos dulces y agridulces.

Cuando los misioneros jesuitas llegaron a California a fines del siglo XVII se sorprendieron cuando los indios les obsequiaron unos frutos del monte de cáscara roja y con espinas. Después, al recorrer los alrededores de la misión de Loreto que habían fundado, encontraron las plantas que las producían y que los nativos las llamaban *tammia*.

Las pitahayas formaban parte importante de la dieta de los indígenas ya que constituían un medio de sobrevivencia en ese medio inhóspito donde residían. Fue el padre jesuita Miguel del Barco quien hizo una descripción de las características de estos árboles y de las maneras como aprovechaban los nativos estos frutos. Acostumbrados a una hambruna permanente, se comían la cáscara, la pulpa y las semillas y, en casos extremos reunían estas últimas y doradas en el fuego las consumían con deleite.

Los dos árboles de pitahaya son diferentes como son también los frutos que producen. El primero es de mayor altura y es necesario usar un gancho atado a un palo delgado o un carrizo para poder alcanzar los frutos. Esta vara conocida con el nombre de *huichuta*, todavía es utilizada por las personas que se internan en el monte en busca de las pitahayas dulces. El segundo árbol es de baja altura y tiene sus ramas dispersas rodeadas de espinas y los frutos son de mayor tamaño y también con espinas en su cáscara.

Relata el padre Del Barco que los indios acostumbraban recoger gran cantidad de estos frutos y después de quitarle la cáscara juntaban toda la pulpa, la batían y amasaban para posteriormente formar una bola que guardaban cubierta con hojas

de maíz o de otra planta. De esta forma el alimento se conservaba por largo tiempo sin desmerecer su sabor.

En los meses de junio a agosto maduran las pitahayas dulces y las agridulces en los siguientes dos meses. En algunas regiones del sur de la entidad como el valle de Los Planes, la zona de El Triunfo y San Antonio cada año se recolectan muchos de estos frutos para venderlos recién cortados o bien en forma de jalea que es la forma más exquisita de saborearlos. Incluso en el pueblo de El Triunfo se realiza la Fiesta de la Pitahaya en la que se premian los ejemplares más grandes y de mejor presentación.

En el folklore sudcaliforniano se recuerda a esta fruta con la Danza de la Pitahaya, además de leyendas y canciones populares. Debe de ser así ya que esta planta forma parte desde muchos siglos atrás de la cultura sudcaliforniana.

“LA CUERA” DEL RANCHERO

En los ranchos que pueblan las sierras de Baja California Sur, desde la de San Francisco, al norte, pasando por la Giganta en la parte media y más al sur La Laguna y San Lázaro, viven familias dedicadas a la cría de ganado especialmente vacuno, aunque hay regiones como las de Comondú y la Purísima donde sus pobladores prefieren atender el ganado caprino. En esas vastas soledades, los ranchos distantes uno de otro, sólo tienen en común sus costumbres que tiene que ver con su particular lenguaje, los alimentos que consumen, la utilización de sus ratos de ocio y... las labores propias del campo como la ordeña, la elaboración de queso y mantequilla, buscar el forraje para los animales y el pastoreo.

Estas actividades se remontan a casi tres siglos atrás, cuando en la península de la Baja California se empezaron a formar los primeros ranchos atendidos por exsoldados de las misiones y por civiles llegados de los Estados de Sinaloa y Sonora. Como primera providencia buscaron lugares donde hubiera agua y por eso se establecieron a las orillas de los arroyos y también en las partes alta de la sierra en las que existen “pozas” permanentes del vital líquido. En las cañadas provistas de humedad encontraron verdaderos oasis que hicieron más llevadera su vida.

Muchos de estos ranchos se ubicaron en terrenos áridos donde la vegetación característica son los árboles y los arbustos espinosos como el Palo Verde, la Vinorama, el Palo Fierro y el Huizache. Y, sobre todo, de la existencia de plantas cactáceas entre ellas la cholla, la biznaga, el nopal y la pitahaya, sobre todo esta última que es un verdadero peligro por sus largas espinas.

Cuando los rancheros tuvieron que “campear” el ganado montados en bestias—mulas y machos—se encontraron con la dificultad de evitar las espinadas y fue así como, por necesidad, nació la vestimenta de la “cuera”, la cual, como su nombre lo indica, está hecha de piel de res incluyendo el sombrero y los zapatos conocidos como “tehuas”. La “cuera” completa consta de sombrero, tehuas, pantalones, polainas y una capa amplia de gamuza que cubre todo el cuerpo. Como complemento, detrás de la montura

llevan una mochila también de piel donde guardan la cobija que les servirá de abrigo en las noches frías.

Con esta indumentaria usada todavía en muchos de los ranchos sudcalifornianos, los camperos se internan con toda confianza en los vericuetos de los montes, por cañadas y lomeríos, sin que la agresiva vegetación los lastime o les impida el paso.

Se cree que la “la cuera” es de procedencia española, introducida a esta región en la época colonial, durante la estancia de los misioneros jesuitas en California. Por eso, la capa tiene un cierto parecido con la sotana, lo mismo que el sombrero semejante al usado por los religiosos en su constante peregrinar por las áridas y calurosas regiones de la península. Es más, misioneros como Juan de Ugarte, Ignacio María Nápoli y Clemente Guillén, quienes recorrieron en bestias gran parte de la entidad, debieron haber usado “la cuera” para protegerse y hacer más cómodas sus travesías.

Cuando usted tenga la oportunidad de visitar una de las comunidades serranas de nuestro Estado, pida que le muestren el atuendo que utilizan los campeadores de ganado. Y si tiene la suerte de observar a alguno de ellos en plena faena, se admirará de su prestancia y gallardía, de la habilidad para dominar los movimientos de su montura pero, sobre todo, tendrá la satisfacción de haber observado de cerca a un auténtico rancharo sudcaliforniano conservando una tradición que viene de varios siglos atrás.

LAS FIESTAS DE LOS PUEBLOS

Como reminiscencias de la época colonial, muchos pueblos de Baja California Sur celebran la fecha en que fueron fundados por los sacerdotes jesuitas quienes, en el transcurso de 70 años, establecieron 17 misiones a todo lo largo de la península. La primera de ellas, Loreto, fue fundada en 1697 y la última, Santa María de los Ángeles, en 1767.

Con el tiempo las misiones se convirtieron en pueblos y algunos de éstos en ciudades como son los casos de La Paz y San José del Cabo. Teniendo como símbolo las iglesias construidas por los jesuitas, los habitantes de esas comunidades organizan cada año diversas festividades en honor al santo del lugar o, en su caso, para recordar la fecha de su fundación.

Algunos pueblos, tradicionalistas por excelencia, organizan festejos por varios días en los que se combinan lo religioso con lo pagano lo cual, en castellano significa que se presentan espectáculos de música y baile, eventos culturales, ferias culinarias y de producción agrícola y forestal y juegos infantiles. En muchas de las fiestas se hace presente un grupo de vendedores de artículos diversos como artesanías, útiles de cocina, ropa de abrigo, repostería, dulcerías y también acondicionan locales para venta de comida. Y, por supuesto, la venta de cerveza.

Como resultado de estas alteraciones de las costumbres, pocos son los pueblos que dan preferencia a los actos religiosos y uno de ellos es el de San Javier cuya fiesta de su santo patrono lo celebra el 3 de diciembre día de San Francisco Javier. La misión fu fundada por el padre Juan de Ugarte en 1701 y la iglesia que se conserva en buen estado, fue construida por el padre Miguel del Barco en los años de 1744 a 1759.

Cada fin de año, peregrinos de todo el Estado llegan a este pueblo enclavado en lo alto de la Sierra de la Giganta y durante tres días rinden culto al santo rodeándolo de plegarias, flores y cánticos religiosos. Alejado de la población de Loreto unos cuarenta kilómetros, San Javier posee una de las iglesias mejor conservadas

de la península bajacaliforniana. Hace siete años, con motivo de celebrar el tricentenario de la fundación de la misión de Loreto, una asociación civil de carácter nacional, con ayuda del Instituto Nacional de Antropología e Historia, restauró el edificio y los retablos interiores. Y el gobierno del Estado y el municipio loretano aportaron sus esfuerzos para remodelar la mayor parte del pueblo, incluyendo calles, fachadas, alumbrado y espacios abiertos.

Otros pueblos que tienen iglesias coloniales en buen estado de conservación son Mulegé, San Ignacio, Loreto y San Luis Gonzaga. En otros, el paso del tiempo aunado a los ciclones las han destruido, pero aún así, con iglesias de construcción reciente, estas poblaciones celebran la fecha en que fueron fundadas o bien en honor de su santo patrono. Tal es el caso de La Purísima, Todos Santos, La Paz, Santiago y San José del Cabo.

En esta última ciudad las fiestas tradicionales han adquirido una singular importancia. El ayuntamiento se ha preocupado por darle el realce que merecen, especialmente por que se encuentra en una zona donde la influencia extranjera de una forma o en otra influye en las costumbres, en la forma de ser de sus habitantes. Afortunadamente el resguardo de las tradiciones está muy arraigado en sus pobladores y lo demuestran asistiendo a todos los actos organizados en honor de San José, el santo patrón del lugar.

Otros pueblos de Baja California Sur de más reciente creación organizan festejos para recordar su fundación. Tal es el caso de los que existen en el valle de Santo Domingo como ciudad Constitución, Insurgentes, Ignacio Zaragoza y San Carlos. Del municipio de La Paz mencionamos a El Triunfo, San Antonio, El Pescadero y Los Planes. En la capital de nuestro Estado, las festividades se organizan para conmemorar el día de su fundación que fue el 3 de mayo de 1535.

EL HABLA POPULAR

Las personas que viven en el centro de la República y no se diga en el Distrito Federal, distinguen el sonsonete de las personas que llegan de la costa. Y nosotros al llegar a la ciudad de México notamos la diferencia del tono de voz, más particularizada en las zonas populares de la capital.

Lo anterior es el resultado natural de la convivencia social que permite la presencia de estas características fonéticas. Así, un paceño se sorprenderá de la entonación con que se habla en Veracruz o Yucatán por su acusado acento, diferente por completo a otras regiones del país.

Pero no es sólo eso: también en el habla popular existen diferencias tanto en el cambio de significado de las palabras, como en el uso de vocablos que no se conocen en otro lado. En Baja California Sur, por ejemplo, es común escuchar las palabras “me”, “puchi”, “churido”, “guacaludo”, “jarioso”, que sólo son comprendidos por sus propios habitantes.

En cuanto a expresiones existen muchas que se intercalan en las pláticas cuando se quiere dar énfasis en algunas afirmaciones, burlarse de otro o poner en duda algún acto realizado. Así tenemos “agarrar cura” que es una frase familiar que indica burlarse de alguien; “capar la cochi” cuando alguien se queda con lo ajeno; “es mala la cebadilla” para el que se acostumbra a cierta posición y la pierde; “pareces huichuta” dirigida a la persona alta y delgada.

“En el Estado de Baja California Sur – dice Gilberto Ibarra – la tradición popular ha creado signos lingüísticos muy originales, y son tan válidos para la función de la comunicación como las expresiones o palabras del más puro y rico acervo lexical de la lengua española...Nuestro deber es tener conocimiento de las formas de expresión de nuestro pueblo...su código debe ser aceptado al grado de comprensión de quien lo escucha...”

Los significados cambian de un lugar a otro. Aquí, llamarle “guilo” a una persona es sinónimo de cojear o de que no tiene

fuerzas. En cambio en algunos Estados de la República se le endilga a una mujer de la calle. Al piloncillo lo llamamos “panocha”, pero en el interior es atributo del sexo femenino.

Los recién llegados a esta región de México, dicen que somos como los veracruzanos porque no pronunciamos la “s”. Así, decimos La Pa, en vez de La Paz; Todosanto, en vez de Todos Santos; los habitantes del centro del país saludan en broma a los jarochos diciéndoles: “arró con pecao”

El siguiente fragmento entresacado del libro “Siluetas de Sudcalifornia” de Francisco Arámburo Salas, nos permite comprender hasta que grado debemos defender los fueros del habla popular, habla que tiene dignidad por si misma, su propia razón de ser:

“Muy de mañanita, a las purititas seis, todavía con el frescor del coromuel, llegó a Comondú el falluquero Plácido Cota, el del Manglito, y su familia. Viajaron en un troquecito churido y destartalado (que en sus buenos tiempos había sido pochita) pringando lodo, choyas y plumas de churea por todos lados. A nadie pudieron dar raite porque iba cargado hasta el tope de cacaixtles de panocha y barañas de torote, ocotillo y palvadán...”

El mismo autor afirma que “estas expresiones netamente localistas, así como la entonación tan particular y característica que utilizan los paceños, especialmente en los ranchos y sitios aislados, forman un rico caudal idiomático que le presta riqueza, amenidad y colorido al léxico sudcaliforniano...”

En la actualidad nos enfrentamos a los cambios constantes del idioma motivados por sus fuerzas internas y sobre todo por el contacto con otras lenguas invasoras o hegemónicas. Sin olvidar la impresionante revolución científica y tecnológica que acuña expresiones nuevas, como también las nuevas formas de convivencia social y económica en este mundo globalizado.

Ante estos retos es importante preservar el habla popular sudcaliforniana, no en un afán de enfrentamiento con la lengua culta, sino más bien como una forma de identificación grupal, donde

los modismos y expresiones locales constituyen un soporte más de nuestra identidad.

UN JINETE SINGULAR

Los ranchos de Buena Vista y El Caballo se localizan a 20 kilómetros al norte del pueblo de Loreto, rumbo a la costa. En tiempos pasados el primero era propiedad del señor Refugio Murillo Cunningham y el segundo de don Benigno Moreno, sudcalifornianos que ya pasaron a mejor vida.

Rancheros de origen, dedicaban su tiempo a la cría de ganado vacuno, caballar y mular, aunque no descuidaban atender un chinchorro de chivas y uno que otro asno que el vulgo los conoce con el popular nombre de burro.

Uno de tantos días, don Refugio amaneció con el antojo de saborear un “pecho de caguama”, y sabiendo que era la época en que arribaban en grandes cantidades a las playas distantes unos tres kilómetros de su rancho, llamó a dos jóvenes que estaban a su servicio y les ordenó se llevaran uno de los burros, para que de ida se fueran montados en él hasta el paraje de pescadores donde, con seguridad, podrían conseguir la caguama en cuestión.

--Y que sea grande para que todos coman, al cabo que de venida la encaraman en el burro—les recomendó el ranchero casi al punto de salir.

En efecto, el animal que compraron pesaba unos cuarenta kilos y era de los buenos según el decir de los pescadores. Con ayuda, los dos muchachos colocaron la caguama prieta en el lomo del burro y la aseguraron con una reata que habían llevado para tal fin.

--Vámonos, por que se está haciendo tarde—apuró uno de ellos—y el patrón la quiere para la hora de la comida.

El jumento por delante y ellos atrás emprendieron el regreso, situación que aprovecharon para charlar sobre diferentes tópicos relacionados con las labores del campo y del atrancón que se iban a dar con la carne de la caguama. Uno de ellos de pronto sugirió:

--Oye, José Luis, todavía es temprano, ¿por qué no nos damos una escapadita con don Benigno y saludamos a sus hijas?

Y como la invitación tenía algo de complicidad y conveniencia porque andaban quedando bien con ellas, cuando pasaron a escasos cincuenta metros del rancho detuvieron su marcha, medio amarraron al asno en una rama de mezquite y se transformaron en galanes prestos a enamorar a sus doncellas.

O ya de antes se entendían o en esa ocasión cerraron el compromiso para un próximo casorio, lo cierto es que cuando se dieron cuenta ya había pasado una hora y pico de su llegada y por eso se despidieron apresuradamente.

--¡Qué regañada nos va a dar el patrón— dijo uno, mientras se dirigían al lugar donde había quedado el burro. Lo grave fue llegar y darse cuenta que el animal no estaba y según indicios encontrados, dedujeron que algo lo asustó y liberándose de la rama a la que estaba sujeto, partió al trote con rumbo desconocido.

--Tenemos que seguirle la huella hasta dar con él— apuró José Luis con la desesperación reflejada en su rostro.

Fueron varias horas dedicadas a la búsqueda del burro y su compañera la caguama. Cansados, sedientos y desesperados, los dos muchachos perdieron la esperanza de encontrarlos, y al fin se decidieron por regresar al rancho, donde es de imaginarse al bronca que se les armó con don Refugio.

Pero, como sucede siempre, los días posteriores atenuaron la importancia de la pérdida. Ciertamente que las bromas continuaron hasta asegurar que unos pescadores habían divisado, por la bahía de San Bruno, a un burro nadando entre un grupo de caguamas.

Pasó el tiempo. Tres meses habían transcurrido cuando uno de los muchachos partícipes en el problema, que andaba campeando lejos del rancho, encontró al burro y encima de él a la dichosa caguama totalmente desecada y adherida firmemente en el lomo del pollino.

--Y los traje, patrón, como muestra de que sí compramos la caguama. Ahora que si la extraviamos por andar de enamorados, pues que sirva de referencia para que no vuelva a suceder...

AL LEÓN LE SALIÓ COLA

Los rancheros que habitan la parte de la sierra de la Giganta platican de los leones que matan las reses y devoran en un dos por tres un cabrito de escasos meses. En varios países a este animal salvaje se le conoce con el nombre de Puma Americano, pero aquí en Baja California Sur es común llamarlo león.

Los habitantes de esta región serrana son muy dados a platicar sobre diversos temas de su vida cotidiana, sentados alrededor del fogón de la cocina en invierno, o refugiados a la sombra de una frondosa higuera silvestre. Historias de tesoros enterrados, de espantos y, desde luego, de los animales depredadores del ganado como es el caso del puma.

Una tarde de tantas don Ramón, dirigiéndose a su grupo de amigos que lo rodeaban, preguntó: --¿ Ya saben lo que pasó con mis perros y el león que atacó la vaca pinta del rancho?

Ante la negativa de todos, el viejo ranchero encendió con parsimonia un cigarrillo, aspiró profundamente, y después de exhalar lentamente el humo, inició así su plática:

--Alguno de ustedes conoció los tres perros que cuidaban el rancho y las vaquitas que tenemos. El Duque, que era el mas viejo, siempre fue un fiel guardián y aunque los otros eran buenos, le teníamos ley al primero. El caso es que hace como dos meses dio en merodear cerca del rancho un león que por las huellas que dejaba era un macho adulto. Los perros lo venteaban pero no daban con él por mas que husmeaban por los alrededores.

--Una mañana, eran las siete mas o menos, estábamos tomando café con mi compadre Simón quien había venido a visitarnos, y platicábamos de la sequía que estaba matando al ganado cuando, de pronto, escuchamos el bramido de las vaquillas encerradas en el corral y el ladrido desahogado de los perros. Y casi de inmediato un bufido sofocado, amenazante, producido por el león que se encontraba en ese lugar. Mi compadre y yo salimos corriendo de la casa, con tal apuro que no me preocupé de tomar el

30-30 para defendernos del animal. Al llegar al corral solo divisamos al felino que se internaba en el monte perseguido de cerca por los tres perros.

--Présteme su bestia para seguirlos—le pedí a mi compadre.

--Como él no había quitado la montura a su mula, solo perdí escasos minutos en recoger el rifle y me apresuré a ir tras ellos guiado por el escándalo que llevaban los perros. Poco a poco los ladridos se fueron escuchando más débiles, a pesar de que la bestia iba al trote. En esa forma seguí tras ellos hasta que lo espeso del monte y el cansancio me obligaron a regresar al rancho. Para esto ya habían pasado varias horas por lo que encontré a mi mujer y a mi compadre preocupados por lo que me hubiera pasado.

--¿Qué pasó?. Creímos que te había comido el león—me dijo el compadre tratando de aparecer bromista.

--Los perdí, compadre. Pero de seguro los perros todavía van tras el maldito animal—le contesté con voz entrecortada por la fatiga.

El resto del día esperamos el regreso de los perros o cuando menos uno de ellos, pero no llegaron ni ese ni los días siguientes.

--¿Los mataría el león? le decía a mi mujer mientras accionaba el cerrojo del rifle a fin de cerciorarme de su funcionamiento. Lo extraño del caso es que tampoco volvimos a escuchar el rugido del león, ni tampoco encontré sus huellas en los límites del rancho. --“A lo mejor—pensaba—los perros lo dejaron malherido y se murió. O abandonó la región y se fue a otro lugar para seguir con sus depredaciones”.—Pero los amigos que me visitaban no dieron razón del animal ni la desaparición de su ganado.

--¿Qué pasó? —era la pregunta que me hacía todos los días cuando no escuchaba la algarabía de los perros.

--Y al fin la duda se aclaró. Hace cinco días salí a buscar unas reses que se habían remontado en lo mas alto de la sierra. Ensillé una de las bestias y me encaminé por la vereda que llega a esos lugares. Por aquello de las dudas llevaba preparado el 30-30, pues no olvidaba el asunto de los perros y del malhadado león que pretendió comerse la vaquilla pinta.

--Había caminado un buen trecho, pues hacía dos horas que iba subiendo la sierra, cuando en un claro de la cañada por donde atravesaba me encontré con un espectáculo extraordinario que de no atestiguarlo estos ojos que se ha de comer los gusanos, yo mismo lo juzgaría de increíble. Ahí, encaramado en las ramas de un palo blanco se encontraba el león mirando hacia abajo y en actitud amenazante. Sus garras brillaban a la luz del día y el pelo se le erizaba cada vez que el viento llegaba hasta su cuerpo. Pero el animal estaba muerto, estaba seco, pero, al verlo, parecía que tenía vida. Y lo mas asombroso fue descubrir junto al tronco del árbol a mis tres perros también sin vida pero de pie, las fauces abiertas y la mirada vigilante dirigida hacia el león, en eterna espera.

--Un temor inesperado se apoderó de mí al ver aquel cuadro de muerte, agudizado aún mas por la soledad de la montaña. No tuve valor para acercarme y azuzando a mi montura cambié de rumbo para seguir buscando a las reses extraviadas. Ya han pasado siete días y todavía no me repongo de la impresión. Cuando tengan tiempo dense una vueltecita por la cañada del Huatamote, y ahí verán a mis tres perros asediando al león, el mismo que un día se le ocurrió llegar al rancho para atacar a la vaca pinta...

LA REVANCHA DEL MAR

Los hombres de mar buscan siempre en el mar su salvación o su venganza. El abismo azul es su inexorable confidente. Le cuentan las penas y las alegrías con optimismo infantil o con saña implacable. Por eso Salvador Almaraz cobró en la cima acuática su cuenta de amor pendiente con Rufino Cuevas.

Ambos eran buzos. De los buenos. De los que además de resistir largas horas el peso de la escafandra, sabían los escondrijos del fondo marino para arrebatarse en los mejores placeres concheros, las maravillosas valvas de la madreperla, en cuyo callo se ocultan las perlas verdes de subidos quilates y mágico iris. Su rivalidad era tradicional en el oficio. Habían sido muy amigos años atrás. La armada de don Fernando Moreno nunca se hacía al mar sin ellos. De sus manos surgieron, como una visión de ensueño, aquellas perlas de doce y quince quilates que se llevaba a París todos los años “Mosiú Blanchard”, el judío que arribaba a La Paz con los famosos chalecos de múltiples bolsos repletos de monedas de oro.

Ambos vivían en el barrio del Esterito, donde todo pescador tenía su asiento. El producto de sus contratas les había permitido ser dueños de sendos botes que unas veces rentaban y otra manejaban por sí mismos. Los distanció un amor encendido y rival. Rufino Cuevas había amado apasionadamente a Beatriz Acosta, la novia de Salvador, una de las más lindas mozas que tenía su vivienda en un jacal bajo los palmares de la playa. Beatriz tomó a pecho el ardor de Cuevas y defraudó ostentadamente el cariño prometido a Salvador, quien con el fruto de sus faenas había logrado levantar una casita y un tren de pesca completo con la mira de casarse con Beatriz. A partir de entonces, Salvador cobró un odio ciego a Rufino que se enlistó en la armada de los hermanos Gibert.

Un día Rufino raptó a Beatriz y se hizo a la mar rumbo a las Islas Marías en cuyas aguas recalaban todas las armadas perleras. La noticia de la fuga de Beatriz anonadó a Salvador por largos días. Era público y notorio su matrimonio próximo con la joven, por las dos leyes anunciado orgullosamente, Aquella mujer tan hermosa, unida en un vulgar amasiato con Cuevas, le parecía un doble insulto. Pero la vida se burla muchas veces de la injusticia de los hombres y los favorece con inesperados albures de buena fortuna. Rufino ganó en

su aventura del Pacífico varios millares de pesos. Seis meses después volvió con Beatriz a La Paz dejándola con su madre viuda. Durante varios meses las atenciones siguieron su turno sin novedad, pero pasado un año el amor comenzó a enfriarse quizá a las continuas ausencias del buzo, hasta terminar casi en indiferencia.

Beatriz seguía queriéndolo y este afecto que Salvador juzgaba ingrato, le producía unos celos terribles. Salvador veía deshechos sus sueños, sus afanes, su porvenir. Aquella mujer era la espina cruel hincada en su existencia. Rufino tenía mucho partido con las mujeres. Era, haciéndole justicia, un buen tipo. Pero su vanidad afeaba los demás méritos de su persona. “La mujer y los zapatos al año hay que cambiarlos”, era su lema en las lides del amor. Impulsivo, orgulloso y frívolo. Salvador, por el contrario, era un hombre sobrio, concentrado y serio. Su palabra era oro de ley.

Un día se encontraron los dos hombres a punto de alistar sus respectivas armadas, sobre el canal, a la altura del Esterito. Se involucraron en un mirar torvo y maligno.

--Cosas de tierra, Chavaló, que ya no tienen remedio.

--Las cosas de tierra las lava el mar Rufino—respondió iracundo Salvador.

Se miraron, llameantes los ojos.

--Pues al mar vamos. ¡ Quién quita que cambie la suerte! — dijo Cuevas.

--Allá nos veremos. A ver quien es más hombre, Rufino.

Y salieron al mar. Cada cual en su armada. Pero los dos llevaban el mismo destino: los placeres de Mulegé, en los que meses atrás se habían descubierto vastos riscales de madreperla y concha nácar. Días después tomaron fondo las armadas a dos millas de la costa. Eleazar Castro, el lobo de mar de mayor historial en el buceo, gobernaba la armada de Carlos Gubert. Nicolás Lucero la de don Fernando Moreno. Eran dos botes y varias canoas por cada parte. En el bote-capitán se alzaban las grandes jorobas de las máquinas alimentadoras de los buzos. Cuatro mozállones para el turno de los émbolos, un cabo de vida y cuatro marinos además del buzo constituían las tripulaciones respectivas.

Los hombres de uno y otro bote se contemplaban de lejos con sorda rivalidad. Ninguno se atrevía a impedir o estorbar al otro el

precioso rescate. La armada de Almaraz se estabilizó a unas doscientas yardas de la de Cuevas. Durante largo rato el dinamismo de los hombres de mar multiplicó el ajetreo en las maniobras de la pesca. Se arriaron las velas, se largaron las anclas doble de cruceta y se alistaron las escafandras. Eran las ocho de la mañana y el mar estaba inmóvil.

Salvador se ajustó los zapatos con gruesas suelas de plomo, se apretó los ceñidores de las muñecas y se dejó acomodar el cabezote en el collar metálico. El cabo de vida revisó la cuerda guía y el tubo de aire. Tras unos bombeos Almaraz probó la válvula de escape. Todo estaba en regla. Se acodó un cuchillo en la cintura y lentamente se dejó escurrir por la borda del bote al mar. Llegado al plan, tras una rápida inspección, Salvador tiró de la cuerda tres veces pidiendo su arrío. Necesitaba ir más lejos. Los remeros fueron empujando el bote con los remos grandes en dirección del buzo. De tiempo en tiempo ascendían a la superficie bullentes burbujas de aire que reventaban con espuma. Eran los escapes de la válvula para aligerar la marcha bajo el mar. Salvador trabajaba a quince brazas de profundidad. Allí, en aquel plan hondo, se hallaban las mayores conchas, grandes como platos, entre cuyas valvas surgían muchas veces las perlas de mayor peso. Cayó al mar la cesta de alambre que subió y bajó repetidamente cargada de madreperlas, que los hombres de a bordo colocaban cuidadosamente a popa.

El “San Antonio”, el bote de Rufino Cuevas se iba acercando lentamente al “Cromwel”. El buzo había realizado sin duda la misma exploración hasta dar con el copioso placer. Al filo del mediodía los buzos se despojaron de los cabezotes para comer. En las popas de ambos botes se amontonaban las conchas prometiendo una fortuna. Tras la comida, Almaraz y Cuevas bebieron unos tragos de ron.

Mañosamente fue vertiendo Almaraz el anuncio de la mantarraya que aseguraba haber visto bajo las aguas. Era la bestia más temible del vórtice tanto por su tamaño como por su impulso feroz. Aquella enorme plancha gruesa de carne viscosa, atacaba como un ariete. Salvador se irguió en la proa dirigiendo la recia voz a los hombres del “San Antonio”:

--¡Mantarraya a estribor!

Pero aquello no era obstáculo para Rufino Cuevas. Estaba acostumbrado a lidiar con el tiburón y la manta, con el pulpo y las almejas burro que encadenaban los pies entre sus enormes valvas. Estaba el sol en todo su esplendor—las dos de la tarde—y el agua parecía bruñida y luminosa. Allá abajo se juntaron los dos hombres. Avanzaban lentamente, levantando con precaución los tremendos zapatos metálicos, viéndose forzados a cada rato a dar escape al aire que hinchaba la escafandra y los elevaba del plan, no obstante su peso.

Se contemplaron unos instantes a través de los vidrios redondos de los cabezotes. Tras los cristales los ojos parecían más grandes y las llamas del rencor fulgían como dagas. Salvador dio unos hábiles vueltas en torno a Cuevas como evadiendo el encuentro. Rufino se agachó para cortar en los riscales las conchas sin volverse más. Salvador avanzó rápidamente, se lanzó sobre Rufino por la espalda y de un tremendo tirón arrancó el tubo del aire que penetraba en el cabezote por el occipucio. Un glu-glu seguido de un aluvión de burbujas rodeó a Salvador poniendo ante él una cortina de espumas. Se deslizó con rapidez caminando hacia el bote.

Entretanto Cuevas, sorprendido por el terrible empuje del agua que invadía su escafandra, mientras retenía la respiración, buscó a tientas el cabo que lo ataba por la cintura y que en la faena había quedado colgando al nivel de las piernas. Era un intento angustioso, ciego por el agua, manoteando a ambos lados. El cabo de vida, al observar en la superficie la globulación del aire, y sospechando el accidente, comenzó a tirar del cabo con todas sus fuerzas. El arrastre del buzo era difícil, pues llena de agua la escafandra, el cuerpo había aumentado doblemente su peso. Se arrojaron al mar dos hombres, expertos en el buceo de cabeza. Bajaron unas cuantas brazas, pero Rufino se debatía en el fondo profundo donde el impulso humano por sí solo no podía llegar. Por su parte pidió urgentemente el cobro de su cabo. Estaba ya bajo el bote. Cuando lo izaron y desajustaron el cabezote, gritó hispídamamente a los hombres del “San Antonio”:

--¡Mantarraya a la vista!

Minutos después, con desesperados esfuerzos, Rufino Cuevas era izado exánime sobre la cubierta de su bote. Había muerto de

asfixia. Un profundo silencio cobijó por largo rato a ambas embarcaciones. Cesó el trajín de las máquinas mientras los hombres del “San Antonio” pugnaban en vano por volver a la vida al buzo muerto, levantando y bajando sus brazos y estrujando su tórax. El mar se había cobrado la vida del guapo mozo, uno más en la aventura audaz.

Media hora después el “ San Antonio” abordaba al “Cromwell”. Eleazar Castro, el capitán del primero saltó a bordo con ceño sombrío:

--Salvador, el tubo del aire de Rufino está arrancado de cuajo. ¿Qué ha ocurrido en el plan? ¿ Habéis tenido pleito?

--No, capitán. Yo estaba cerca de Rufino ocupado en el “corte” cuando miré la manta que rodeaba los cabos. Cuchillo en mano me desplazé a la derecha para defenderme, cuando vi que el animal coleaba el tubo de aire de Cuevas. No pude ver más. Sentí un chapoteo muy fuerte y me pareció que la manta estaba enredada en el cabo de Rufino. Corrí hacia el bote pidiendo cobro. Eso es todo.

--Podías haber vuelto para buscar a tu compañero.

--También podía haber muerto como él. La manta no da tiempo a rebuscas, capitán.

Castro frunció los labios con un gesto colérico. Los hombres del “San Antonio”, erguidos en cubierta escrutaban aquella escena inquisidora con torvo rencor. Se palpaba en el ambiente que todos dudaban de la verdad. Los que conocían los antecedentes del drama íntimo que había distanciado a aquellos dos hombres, encogían los hombros como explicándose la razón del mismo por culpa del destino implacable.

--Nos vamos a La Paz – murmuró el capitán – tengo que darle cuenta al patrón.

Y clavando los ojos como un felino en Salvador, añadió: --Dios quiera que sea ésta la verdad. A ver si convence a Beatriz.

Salvador se encogió de hombros con toda naturalidad. Media hora después izada nuevamente la vela, recogidos los aparejos, envuelto en una humilde cobija el cuerpo de Rufino Cuevas, enfiló el “San Antonio” la bocana de la bahía Concepción rumbo a La Paz.

Aquella tarde al “matar” la concha, sobre la cubierta del “Cromwel”, entre las doscientas conchas que le correspondían por su décimo en el contrato, Salvador recogió en sus manos seis gemas hermosísimas que valían una fortuna. Al regreso se las compró el patrón en veinte mil pesos, pero en realidad valían el doble. Ocho días después, Almaraz abandonó momentáneamente la armada. Se presentó en casa de Beatriz, aguantando la indefinible mirada, mezcla de reproche y compasión de la mujer. Almaraz, que en mar era un león indomable, al lado de Beatriz bajaba tímidamente los ojos. Dejó sobre la mesa un grueso mazo de billetes de banco y bebiendo el mirar de aquellos ojos, con profunda emoción, le dijo:

--Todo lo he perdonado Beatriz, menos al traidor. Este dinero es para tu hija que va a nacer. Ella no debe saber nunca nuestras culpas. Quizá vuelva otro día para que nos pidamos los dos perdón. Beatriz cayó sobre la mesa enjugando su llanto. Ya no tuvo valor para levantar los ojos.

Sí. Las cosas de tierra las lava el mar. Pero contra el desamor no hay revancha posible. Más temibles que aquellos monstruos del abismo salobre, son las garras de los celos y el orgullo de las almas.

LA CIUDAD DE LOS MOLINOS

En la actualidad, un molino de viento en la ciudad de La Paz tiene el valor de una pieza de museo. Nadie que forme parte de la nueva generación alcanza a creer que fue La Paz “la ciudad de los molinos”, y como la llamara en un poema costumbrista el bardo triunfeño Leopoldo Ramos: La Antigua Papalotlán”

Cuéntase que hacia 1906 habían en la ciudad de La Paz más de cien molinos adquiridos en la agencia de la ciudad de Hermosillo, Sonora, de la Chicago, Air, Co., cuyo logotipo en el timón de cientos de molinos fue tan familiar a nuestros ya maduros coterráneos en su niñez.

Los molinos de viento de La Paz dieron al apacible puerto de aquel tiempo un aspecto extraordinario, y los más famosos pintores de la entidad y del país plasmaron en cuadros de maravilloso colorido esos paisajes inolvidables.

Hubo molinos de viento con historia como el llamado “la Atalaya”, propiedad de la familia Pérez, casi frente al Palacio Municipal, desde donde, en 1913, los maderistas sudcalifornianos defendieron el viejo edificio de piedra contra el embate huertista, subiendo con mil dificultades al descansillo superior del molino un viejo cañón, con cuyo tiroteo causaron muchas bajas al enemigo, haciéndolo huir. En aquella batalla, los patriotas acuñaron la frase “por cada uno que nos maten en el molino, subiremos tres”, lo que pinta de cuerpo entero el arrojo de nuestros revolucionarios.

Si durante la gesta revolucionaria el molino escribió históricamente su nombre en forma valerosa, en el pasado romántico de la ciudad de La Paz adquiere estatura de leyenda. En noviembre de 1917, después de manuscibir temblorosamente un recado a su amada, el soldado Tirso Méndez subió al molino del cuartel Pineda (ubicado donde hoy se halla el mercado Madero) y se arrojó temerariamente al vacío, resuelto a estrellarse contra el pavimento del patio de maniobras.

En mayo de 1921, la joven suicida Margarita Aguilar, de escasos 17 años de edad, conmocionó a la sociedad porteña. Requerida en matrimonio por un pescador de modesto origen, encontró la resuelta y furibunda oposición paterna, ya que sus progenitores de abolengo porfiriano, pensaban casarla con un viejo millonario. Margarita fue encerrada en su recámara, bajo estricta vigilancia, pero en un descuido y agobiada por el injusto castigo, se escapó por una ventana, trepó al más alto entrepaño del molino y se precipitó al abismo de más de treinta metros para estrellarse contra el piso. El molino de esa tragedia estuvo ubicado en la esquina de las actuales calles Revolución de 1910 y Melchor Ocampo.

Un molino con historia singular estuvo ubicado por la calle Serdán, entre Bravo y Rosales. Estaba hecho totalmente de madera de mezquite labrada a mano por artesanos de la población de El Triunfo, y sus pesadas aspas le daban un aspecto singular. Pudiérase decir que era la evocación de un paisaje de los cuentos de Andersen o de la célebre novela Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes Saavedra.

A pesar de su descomunal peso y de su aspecto tosco, el molino trabajaba día y noche en diversos menesteres, pues no era solamente una máquina para sacar agua. Su creador le daba múltiples usos. Tenía poleas unidas con bandas a un pequeño molino de caña, lo que permitía a sus dueños elaborar piloncillo del inmenso huerto de la familia. Con otra banda, el molino movía la rueda de un vetusto molino de nixtamal, y el clímax del celebrado ingenio de don José Talamantes, múltiples poleas hacían moverse a seis abanicos de techo que le permitían a don Pepe mantener fresca su casa y su expendio de masa de de maíz.

Cuando don José no pudo dominar la presencia molesta de los cientos de pájaros que le dañaban las plantas del huerto, aprovechó la fuerza motriz del molino para darle movimiento a varios “espantapájaros” y silbatos sopladados por fuelles, instalados estratégicamente entre las eras del sembradío.

La abundancia de molinos movidos por el viento dio surgimiento a una legión de trabajadores especializados en el ramo molinero. Nació así el típico “pichanchero” que recorría casa tras

casa ofreciendo sus habilidades para cambiar las vaquetas a las pichinchas, como fueron llamados los filtros de tubo perforado que tenían contacto con el fondo del pozo. Se arriaban estos hombres al fondo del pozo mediante largas cuerdas de ixtle, y como lo hacían a mediodía para aprovechar la caída perpendicular de los rayos del sol, tenían que ser rapidísimos para realizar el cambio de vaquetas.

Los mecanismos del molino necesitaban ser engrasados y aceitados periódicamente, por lo que los pichancheros tenían una tarifa para cada labor. Transcribo una copia de una tarifa rescatada del archivo de la familia Talamantes que data de 1906:

Cambio de zapatas.....	10 reales
Engrasado general.....	8 reales
Desmante de aspas.....	20 reales
Armado de aspas.....	25 reales
Limpieza de fondo.....	40 reales

Cuando los boletines meteorológicos anunciaban tormenta, los molineros no se daban abasto para ir a desmontar las aspas de todos los molinos de La Paz. Contrataban por algunos centavos a jornaleros que tuvieran el valor de trepar con un par de llaves españolas a quitarle las aspas al molino, en ocasiones luchando contra fuertes ventarrones dominantes que allá arriba multiplicaban su furor.

En los meses ciclónicos, el aspecto de La Paz era deprimente. Sobresalían por encima de las casas las torres desnudas de los molinos sin aspas y sin la enorme aleta de dirección.

Hubo en el pasado molinos agradables a la vista y otros que solían crisar los nervios. Entre estos últimos ocupa un lugar especial el del cementerio de los Sanjuanes instalado en el centro de la parte antigua del camposanto. Independientemente del terror natural que causaba el natural traqueteo del molino, el chirriar de sus mecanismos y su presencia entre las tumbas, magnificaban el horror los ululares provocados por el viento sobre las frondas de las altísimos pinos canadienses que formaban la valla de la entrada principal.

Muchos de los molinos de viento que le dieron fama y prestancia a la ciudad de La Paz desaparecieron cuando la apertura de los valles agrícolas agotó peligrosamente los mantos acuíferos del subsuelo. Quedan algunos, muy pocos, de los cuales acaso menos de diez están en aptitud de funcionar. Fueron clausurados los pozos que había en los patios de cada residencia y el trabajo de los molineros dejó de ser un trabajo remunerativo. Queda uno de aquellos legendarios pichancheros, don Felipe Ceseña, que viaja de una a otra comunidad para dar mantenimiento a los ya escasos molinos que quedan en los lotes de los ejidos.

De “la ciudad de los molinos” y de la Antigua Papalotlán” solo queda el recuerdo y la toponimia de tres lugares: “Los cuatro molinos” en La Paz, la ranchería “El molino” al sur de la entidad y el molinito junto al puente donde termina el malecón de nuestra ciudad.

EL CABO FIERRO

Si la historia no hubiera sido escrita por los triunfadores—decía Teodoro, “el tamalito”, su hermano Leocadio hubiera sido un héroe a la altura del arte. Es decir, excelso.

Para quienes ignoran que aún hay familiares del cabo Fierro en esta ciudad de La Paz, resulta enigmático saber que Leocadio Fierro haya sido sudcaliforniano de buena cepa. El torbellino de la Revolución habría de envolver a todos y a enredarnos de tal manera a las generaciones posteriores, que aún pensamos en las tropas huertistas como una avalancha de invasores venidos de mas allá del mar de Cortés.

Para asombro nuestro, el huertismo tuvo tantos seguidores nativos como la misma corriente maderista a la que se enfrentaba. Los hermanos Teodoro, Jesús y Leocadio Fierro, habían sido los tres varones de la familia formada por don Tomás Fierro Aguilar, oriundo de Santa Rosalía, y de doña Patricia Núñez, paradójicamente prima hermana del caudillo Félix Ortega Núñez, jovencito apenas que había de escribir, junto a su padre el general Ortega Aguilar, algunas de las mas bellas páginas de la historia regional.

Leocadio Fierro ingresó al ejército a la edad de quince años y tres después obtuvo el grado de cabo que lo habría de hacer famoso. Fue, es poco usual, que un numeroso contingente de tropa sea acaudillado por un modesto cabo oponiéndose a tropas voluntarias mandadas dirigidas por un general, capitanes y varios tenientes.

Leocadio Fierro fue huertista por convicción y murió peleando por su causa que él consideraba justa. La noche del 14 de mayo de 1913 había sido sorprendida su tropa, con poco menos de cien hombres precariamente armados, cuando pernoctaban sobre la mesa de Santiago. Fueron obligados a abandonar el sitio por las tropas maderistas del capitán Hilario Pérez, prócer santiagueño. Obligado por las circunstancias, Fierro y su gente penetraron en un

cantil tepetatoso cercano a Las Cuevas, que termina curiosamente en una especie de pastel circular.

Al amanecer y casi todos a caballo partieron hacia la costa cercados por dos contingentes orteguistas, uno que lo seguía por los terrenos de Las Cuevas, al mando de Carlos Pérez, y otro que venía a su encuentro por Santa Cruz, al mando del capitán Nicolás Tolentino Antuna llamado popularmente “Antunita” por su estatura. En la huida del acosado cabo Fierro, quien tantos dolores de cabeza había dado a los revolucionarios, quedaron casi aniquiladas las tropas huertistas.

En el copalar, en una huerta cercana a Santa Cruz, quedó “Antunita” curiosamente al lado de Francisco Rondero y Patricio Leyva, dos cabos del general Ortega. Junto a la blanca tumba de “Antunita” al pie de un ciruelo, hay los dos montoncitos de piedra laja que señalan modestamente el sitio donde cayeron y fueron sepultados los patriotas.

A medio día del quince de mayo Fierro estaba ya liquidado; resistió valerosamente el fuego orteguista tras una pileta del rancho Eureka. Junto a él, sus fieles compadres y valientísimos soldados Néstor Salgado y Faustino Tapiz, todosanteños, habrían de morir esa misma tarde en las cercanías del templo de madera de la Ribera, bajo un tupido tiroteo, el último de un pelotón dirigido desde la loma donde hoy se encuentra el panteón municipal, por el capitán Martiniano Núñez González, tío del propio cabo Fierro y primo de la esposa del caudillo Ortega Aguilar.

Una mujer extraordinaria, la profesora Liliana Puppo Rosas, maestra jovencita del lugar, reunió por la mañana del día 16 de mayo a todas las familias ribereñas y dirigió la tarea cristiana de sepultar los cadáveres de orteguistas y huertistas diseminados por las lomas del cementerio. Ella había salido valerosamente con una fila de niños para ponerlos a salvo. Y había logrado el milagro, de que al atravesar por la línea de fuego, tanto Fierro como Martiniano, ordenaran a sus soldados no disparar hasta que la ilustre maestra santiagueña acabara de pasar con sus niños hacia la parte baja del pueblo.

Así acabó la vida de Leocadio Fierro Núñez, padre de dos tablajeros habilitados en La Paz, y de una mujercita residente en Ensenada. De sus hermanos, Teodoro llamado "tamalito" quedaron nietos y una hija que guardan celosamente algunas pertenencias del caudillo, al que un corrido hizo inmortal y lo ubicó en el nivel de héroe popular, siendo apenas cabo de un pelotón, a la altura de patriotas de elevado rango militar.

Una tumba modesta, carcomida por el salitre y por los años, señala en el panteón de la Ribera el sitio donde los ribereños sepultaron a Leocadio Fierro Núñez, el huertista más popular de cuantos fueron a la lucha revolucionaria.